
3 1761 09701296 7

JULIO ENDARA

José Ingenieros

Y

EL PORVENIR DE LA FILOSOFÍA

2.ª EDICION

Agencia General de Librería
RIVADAVIA 1573
BUENOS AIRES

José Ingenieros
y el porvenir de la filosofía

JULIO ENDARA

José Ingenieros

Y

EL PORVENIR DE LA FILOSOFÍA

2.ª EDICION

Agencia General de Librería
Rivadavia 1573
BUENOS AIRES

Advertencia de la segunda edición

Al autorizar la reimpresión en Buenos Aires de este ensayo publicado en folleto por primera vez en Quito (Ecuador), por la Imprenta y Encuadernación Nacionales, en 1921, he creído necesario agregar algunos datos sobre el conjunto de la obra de José Ingenieros, y sobre la influencia de sus doctrinas científicas y filosóficas en las nuevas generaciones de hispanoamérica. Ello sirve de complemento al estudio crítico de sus "Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía", que constituye lo esencial de este opúsculo, y que ahora se reimprime sin modificaciones, en la forma en que apareció en la Revista de la Biblioteca Nacional de Ecuador.

J. E.

Ingenieros y su obra.

Deseo madurado desde hace tiempo ha sido el de dedicar una serie de notas al estudio de la personalidad de José Ingenieros. Fervoroso admirador de la cultura argentina, cuya multiplicidad de fases observo y admiro, he creído encontrar en este autor un tipo representativo de su más alto pensamiento. Y es que Ingenieros, ensanchando la especialidad de sus estudios, ha abarcado mayor número de actividades. Y su obra guarda en sí los elementos distintivos que dan a las nuevas generaciones rioplatenses un alto y quizás único lugar entre las varias de América.

El proceso histórico que ha seguido la Argentina es demasiado reciente para desconocerlo. Habiéndose mantenido durante los tiempos coloniales en análogas circunstancias que las demás regiones del Nuevo Mundo, le cupo, a raíz de su independencia, la suerte de acumular tal cantidad de energías, que, posteriormente, impulsó su evolución de manera inusitada, hasta colocarse en el puesto que ocupa, es decir, a la vanguardia de las nuevas civilizaciones ibero americanas. Estabilizado, en cierto modo, su problema económico—cuya solución en nuestras latitudes, no alcanzamos todavía a vislumbrar—ha olvidado mucho de esta preocupación politiquera que nos consume y, en cambio, ha

orientado sus ideales hacia un nacionalismo de amplio y comprensivo significado social. Consciente de su poder y energías, la Argentina uniforma sus tendencias políticas, científicas, económicas, etc., dirigiéndolas hacia los más altos ideales de la civilización moderna. Esta uniformidad, debe aclararse, que se ha convenido en calificar de nacionalista, no presenta, en su esencia, los tintes criollistas de tanto mal gusto, que algunos han querido, equivocadamente, asignarle. El nacionalismo argentino, por el contrario, tiende a la homogenización de aspiraciones, de tal manera que presenten particularidades adecuadas para asegurar al mismo tiempo el prestigio internacional necesario y el desenvolvimiento progresivo de sus instituciones internas. Mientras buena parte de las naciones de América presentan el aspecto fatigado y vacilante que corresponde a sus ininterrumpidos esfuerzos por mantener y definir su organización política interna, la Argentina se nos aparece ya dueña de sí misma y con aspiraciones que tienden a imponer a las naciones europeas el respeto a que es acreedora. Sus sociólogos recogen, oro en paño, esas enérgicas y multiformes aspiraciones y las encauzan hacia el pensamiento nacional . De ahí que sea tema de asiduo estudio el de "la formación de una raza argentina", que Ingenieros ha analizado en uno de sus trabajos más dignos de meditarse (1).

No es que por esta denominación se comprenda la vuelta hacia las antiguas delimitaciones

(1) Conferencia leída en el "Instituto Popular de Conferencias" de Buenos Aires y publicada en el diario *La Prensa* el 3 de septiembre de 1915. (Incluída en la séptima edición de la obra *Sociología Argentina*, Buenos Aires, 1918).

antropológicas, que carecen ahora de sentido alguno. El criterio de raza en nuestros días, es del dominio de la sociología y no exclusivamente de la antropología. Y es así como se le considera en la Argentina. Constatada una evidente unidad intelectual, es justo se piense en estudiarla. "Lo que vemos realmente es el alma de la futura raza, caracterizada por aspiraciones comunes, y plasmándose, lenta y localmente, bajo la influencia del medio social y del ambiente. Tales manifestaciones son síntomas claros de una nacionalidad definida o por definirse, y es a esto que en lenguaje sociológico se denomina "raza". La raza argentina, con los atributos mentales que a la argentinidad atribuye Ingenieros, vendrá, tal vez, más rápidamente de lo que se sospecha. Se discutirá si esa futura raza tendrá etnográficamente caracteres suficientes como para elevarles a tal jerarquía; pero la nacionalidad futura, sociológicamente considerada como una raza nueva, ya está en marcha abierta. Sólo fenómenos de carácter universal, imprevistos pero no imposibles, podrán retardarla, marcando un compás de espera, y nada más. En caso contrario, habría que pensar en una ruptura actual del equilibrio de las fuerzas componentes de la nacionalidad; estamos convencidos de que cada día se alejan más las posibilidades de tal desequilibrio". (1).

Estas palabras, que en labios de un argentino surgen naturalmente y nos convencen sin discusión, serían risibles en los nuestros, por ejem-

(1) Estas palabras pertenecen a una nota crítica que el Profesor Salvador Debenedetti publicó con ocasión de la conferencia de Ingenieros sobre *La formación de una raza argentina*, en la *Revista de Filosofía*.—Año 1.—Núm. 6.—Noviembre 1915.—Buenos Aires.

plo, que aún no nos ponemos en camino de una tipificación nacional.

La nación argentina está caracterizada, en su organización política y social, lo mismo que en sus hombres, por una aptitud de comprensión que permite a éstos ser los mejores consumidores de la producción extranjera, y muy respetables productores. El pensamiento nacional tiene ese distintivo: amplitud y acumulo de actividades. Sus grandes centros industriales, lo mismo que sus hombres, parecen los precursores de las ciudades tentaculares que cantara Verhaeren. Si a menudo se admira la especialización de unos cuantos científicos, constantemente hay que sorprenderse de la polifásica aptitud de sus escritores; son contados aquellos que toda su labor la han dictado a una sola actividad; la mayor parte, aunque fuertes en puntos especiales, tienen notable bagaje de conocimientos en muchas materias. En una palabra, resumen en sí este ideal de las civilizaciones modernas: especialización y cultura general.

*
* *

Al ocuparse de la personalidad de José Ingenieros, constátanse todos y cada uno de esos caracteres. En plena juventud todavía, y con motivo de ser electo Académico, escribía: "En la Universidad he cursado simultáneamente dos carreras que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico naturales y ciencias médico biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fuí indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la

Facultad de Medicina (1900-1905); pasé naturalmente a la Cátedra de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la lógica, la ética, y la estética, que siempre consideré como "ciencias psicológicas". Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos". (1). Esta corta biografía revela los elementos indispensables, en la actualidad, para los estudios filosóficos.

Los filósofos modernos, si quieren ser precisos y útiles, no pueden formar, como en épocas anteriores, una clase aparte, desligada especialmente de los estudios científicos. Y aunque en tiempos antiguos, lo mismo que hoy, la ciencia y la filosofía tenían análogo objeto—la investigación de la verdad, en cualquiera de sus formas—mantenían un divorcio de relaciones, perjudicial para ambas. En vano se intentaba, a veces, la aplicación filosófica de algunos conceptos científicos, porque ello resultaba tan sólo un pretexto para la construcción de sistemas absolutos, con pretensiones de originalidad. La aplicación del concepto numérico a la filosofía dió origen al sistema pitagórico, fantástico, a pesar de sus apariencias de precisión, sobre todo ahora que los estudios metódicos han demostrado y demuestran continuamente la falacia del número, mil veces más peligrosa que cualquier complicado sofisma de palabras.

Semejante modalidad ideológica, muy naturalmente se debía al poco prestigio de la ciencia

(1) Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía.—1919.—Pág. 10.

de entonces, y a su carencia de datos precisos, y por lo mismo, expuestos a inducir en error con una falsa elocuencia de los hechos. Por otra parte, la capacidad de los constructores de fantasías, cuyo interés radicaba en la busca de originalidad, hacía que se despreciaran muchos datos científicos, ya de innegable valor, a cambio de hipótesis aventuradas, sin otro fundamento que complicadas redes de razonamientos. Sujetarse a un criterio científico debía significar algún sacrificio de la personalidad propia. Y ello, en épocas de extraña gimnasia del ingenio, resultaba inconcebible. Pero los tiempos han transcurrido. La ciencia, dueña de métodos incesantemente perfectibles, para la investigación de la verdad, ha logrado imponerse a cuantos cultivan con desinterés la multitud de problemas relacionados con nuestra existencia.

Cada día se olvida más y más aquella tendencia que conducía a los filósofos a una posición de originalidad, a veces ridícula, y a la deleznable celebridad de las cosas absurdas. El escepticismo ambiente ya no es ni puede ser terreno feraz para el cultivo de hipótesis a cual más fantástica y más desligada de la realidad. El medio exige de los pensadores cierto conjunto de condiciones que les obligan a una especulación metódica, científica en sus orígenes, si se quiere. La filosofía poética de antaño no es compatible con las disciplinas severas de la ciencia y si la finalidad del pensador es la verdad, mal puede creer, en estos días, que la poseerá si antes no tiene en cuenta los datos de la experiencia. Y por más que las lamentaciones de Bergson quieran pintar un retrato falso de la filosofía científica, en su empeño por en-

contrar autonomía absoluta para ciertas hipótesis, las actuales generaciones se encuentran armadas con disciplinas científicas muy sólidas, para vencer a esos sofismas.

Por esto, las discusiones se reducen ahora, no a puntos esenciales de doctrina, sino a sutiles disquisiciones en las que se ejercita el ingenio, con la ayuda de unos cuantos datos científicos, defectuosamente interpretados por algunos; en esta tarea sólo es posible cierta holgura mental que permite, a quienes intervienen en la discusión, llamarse filósofos, aunque no sean más que retóricos. Ya no se lanzan con buena fe nuevos sistemas filosóficos. La originalidad absoluta, más que difícil, es imposible. Sólo queda la originalidad interpretativa, mucho menos accesible, pues ella demanda, como se sabe, un número tan crecido de datos científicos, que ya no se arriesgan a ir por ese camino los que otrora especulaban sobre lo absoluto.

*
* *

Una vista de conjunto sobre la obra de Ingenieros produce, ante todo, una inusitada sorpresa. Cada trabajo, para decir el mayor elogio, parece el fruto de la especialización; tan grande es la cantidad de conceptos nuevos aportados al contingente de conocimientos, que, por muchos aspectos, el lector está obligado a meditar. Difícilmente, para una inteligencia de mediana cultura, los libros de Ingenieros pasarán sin dejar huellas.

Siendo un espíritu esencialmente renovador se comprende su influencia creciente en los países de habla castellana, y se explica que tenga

admiradores incondicionales y adversarios decididos. Cada uno de sus libros encierra cierto contenido revolucionario, pues a través de las páginas se desarrollan abundantes puntos de vista que no están conformes con el pensar general, aunque quien dice pensar general dice, lógicamente, mediocridad general. Para que un libro de Ingenieros sea apreciado en lo que vale, para que sea admirado, es necesario que el espíritu del lector sea ya un terreno propicio, uno de esos temperamentos que viven en perpetua y razonada evolución mental, capaces de modificar el criterio propio, por más que éste sea el fruto de toda una vida de trabajo intelectual sincero. Los que aman la lectura recuerdan—y este es un hecho de no escasa importancia entre las grandes revelaciones morales—la enorme influencia que ejerció sobre su manera de pensar y de creer, la lectura de cierto o ciertos libros; hacen caer conceptos que hasta entonces se tuvieron por justos, muchas veces por falta de suficientes fundamentos científicos. De súbito quedan como pulverizados, como aniquilados ante la presencia de hechos nuevos o de razonamientos nuevos, que antes habrían parecido inaceptables o algo menos que hipotéticos. El gran valor de las ideas recién conocidas, es claro, no depende sólo de su poder sugestivo, emocional más bien, como es el caso de una lectura hecha por una inteligencia poco cultivada; por el contrario, su potencia, su fuerza, residen en su arquitectónica ideológica, mucho más pujante que la antigua, pero que, sin embargo, necesita entablar una larga y más que larga, intensa lucha, con el cri-

terio antiguo, para vencerlo, hasta llegar a reemplazarlo en sus posiciones.

Cuando el lector posee buena cultura, cuando tiene condiciones para ello, combate al libro nuevo con todo el cúmulo de sus conocimientos; disputa el terreno al recién llegado, palmo a palmo, y no lo acepta y asimila hasta que está convencido de la evidente superioridad, hasta que no le queda ningún recurso para mantener la oposición. Sus propias ideas y creencias se ablandan poco a poco, para fundirse por último. Entonces, cuando pueden vaciarse en el nuevo molde, surgen, como es natural, con una forma nueva; en cierto sentido, es otra nueva creación la que les ha dado vida. Aquí, como en el campo de la físico-química, se ha cumplido la ley de la conservación de la energía. Sólo que en este caso puede decirse que ha aumentado, con el reciente aporte. De ahí que cuando el lector acabe por aceptar el criterio nuevo, lo comentará y propagará con mayores entusiasmos. Tal es el proceso mental que en varias ocasiones he comprobado, cuando he tratado de explicarme el entusiasmo que despiertan en América las obras de Ingenieros. Claro es que al lado de este tipo de lector consciente, que he tratado de esbozar, hay el *parvenu* literario, científico, etc., que, por contagio y por *pose*, cultiva y repite el elogio de Ingenieros, pero con palabras vanas, con ampulosidades frías, expresiones peculiares de quien no ha sabido o podido sostener en su cerebro una lucha de ideas.

Es claro que al hablar del influjo de las ideas de Ingenieros no supongo que el tipo de lector descrito acepte en totalidad sus ideas, sin

perder detalle. En todo influjo aceptado hay siempre reservas parciales, aunque las ideas básicas hayan ocupado el lugar preminente; así como hay influjos parciales en toda reserva, que suele traducirse por la persistencia de algunos conceptos cultivados y sostenidos desde antes. Sería una manifestación evidente de debilidad mental, es decir, de escasa cultura, aceptar el criterio de un libro nuevo, sin ninguna modificación en el detalle; la reforma de una idea propia implica debilidad de la misma, pero de ninguna manera debilidad global de todas las que uno ha sostenido en el curso de su formación cultural.

Y en esto radica, a mi parecer, el inmenso valor de la obra de Ingenieros: obliga a pensar e impone el deber de la propia controversia interior. Un lector sincero, que entabla la lucha con sus ideas, puede aceptar como verdaderas las ideas, o más bien dicho, las doctrinas generales del maestro argentino, pero sin que ello obste para hacer las salvedades particulares acerca de muchos problemas secundarios, verdaderos accidentes que han condicionado la formación de esas doctrinas. Y es claro que mientras a Ingenieros le parezca preferible sugerir un camino dado para llegar a la conclusión definitiva, bien puede ser, pues ello es lógico y científico, que a más de un lector se le ocurra preferible otro, que se dirige a la misma conclusión.

Frente a los que aceptan, después de razonada crítica, las opiniones de Ingenieros, hay otros que las rechazan en totalidad. La posición y la mentalidad de estos últimos es mucho más fácil de explicar. O son rutinarios, que no tienen

en su vida mental otra misión que la de sostener ideas que heredaron o encontraron sin quererlo, y a las cuales se han esclavizado gracias a su incapacidad esencial o a su pereza para el raciocinio; o son lectores que por su pobreza de conocimientos son incapaces de entablar una lucha con las ideas nuevas, porque las cogieron al vuelo y no conocen siquiera sus fundamentos; o son vanidosos que no se resignan a declarar públicamente—por más que estén convencidos en la intimidad—lo erróneo de sus creencias, pues se imaginan que con ello disminuyen su propio prestigio, que por cierto consideran cien veces más valioso de lo que en realidad es.

El hecho mismo de que las obras de Ingenieros den margen a tal multiplicidad de opiniones es la prueba más sólida de su vitalidad y de su valor. La obra mediocre pasa en silencio; no encuentra resistencia, porque está amoldada en todos sus aspectos a las creencias más vulgarizadas y su papel no es otro que el de adular al lector, ensayando una nueva forma de servilismo. El libro mediocre es en todo semejante a los partidarios incondicionales de los políticos de opereta, que, por desgracia, tanto abundan en todos los países sudamericanos.

Ingenieros piensa con su propio cerebro y escribe en estilo personalísimo, poniéndose muy por encima de las "ideas convencionales" tan apreciadas por la mediocridad. Quien, como él, ha demostrado admirables aptitudes en diversos aspectos del conocimiento humano, no puede adaptarse a las "verdades a medias" que tanto gustan a los que no piensan, ni podrá ser mirado nunca como un escritor de influencia transitoria.

Quien haya admirado sus estudios filosóficos, acabará por convencerse de que si un hombre de erudición tan amplia, y que ha estado tan cerca de los atractivos potentes de diversas teorías e hipótesis, apoyadas sobre grandes prestigios, no se ha convertido en adicto de ninguna de ellas, con exclusión intolerante de las otras, es porque su talento original le induce a tomar lo que efectivamente tiene valor, para fecundarlo con sus propias ideas, renovarlo y formular conclusiones en muchos aspectos originales.

No es nuestro propósito hacer un estudio de la obra científica y filosófica de Ingenieros, que requeriría un libro entero. Pero antes de hacer una exposición crítica de sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía,* que es, sin duda, una clave sintética de todo su pensamiento pasado y en gestación, creemos oportuno hacer una breve reseña de los principales jalones de su obra, iniciada casi en la adolescencia y representada por unos veinte tomos al llegar a los cuarenta años de edad.

*
* *

Ha contado él mismo su carrera intelectual, en las pocas palabras que hemos transcripto. Empezó publicando estudios de medicina mental y ciencias sociales, se especializó luego en psicología, acabando por consagrarse especialmente a estudios de ética y filosofía. Los lectores que no se fijan en las fechas de sus obras suponen que Ingenieros ha escrito al mismo tiempo sobre asuntos muy distintos y eso les

hace temer las consecuencias de una dispersión de su labor; lo contrario es, sin embargo, la verdad. Todas sus obras de medicina mental pertenecen a su primera juventud; les siguen las de psicología; solamente en los últimos años se ha especializado con particularidad en los estudios de los problemas filosóficos y morales. Basta fijarse un momento para notar que ha seguido la misma evolución intelectual que William James (1).

Sus libros de médico alienista fueron los que hicieron conocer su nombre en Europa y Amé-

---

(1) Del libro *Argentines of to-day*. publicado bajo los auspicios de la Hispanic Society de Nueva York tomamos los siguientes datos sobre su carrera. "Antes de los veinte años publicó algunos ensayos de sociología y antropología criminal; se graduó en medicina en la Universidad de Buenos Aires, en 1900, consagrándose a estudios de patología nerviosa y mental. El mismo año fué nombrado director del servicio de Observación de Alienados; en 1902 y en 1903 dictó cursos libres de neuropatología en la Facultad de Medicina; en 1904 obtuvo por concurso la cátedra de Psicología Experimental en la Universidad. En 1905 representó a la República Argentina en el Quinto Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma, siendo nombrado presidente de la 4.ª Sección. En 1905 y 1906 visitó las Universidades europeas dando conferencias científicas muy apreciadas. En 1907 fundó en Buenos Aires el Instituto de Criminología. En 1909 fué electo presidente de la Sociedad Médica Argentina y en 1910 presidente de la Sociedad de Psicología. De 1911 a 1914,—diez años después de ser profesor en su universidad,—fué estudiante de ciencias naturales en las universidades de Lausana y Heidelberg, para completar sus estudios científicos y dedicarse a la filosofía. En 1915 fundó en la Universidad de Buenos Aires el "Seminario de Filosofía". El mismo año fué especialmente invitado por la Fundación Carnegie para asistir al Congreso Científico de Wáshington (1916). En 1918 fué nombrado Académico de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, presentando con tal motivo sus "Proposiciones", obra sumamente discutida y dirigida a transformar la filosofía.

"Ingenieros es profesor honorario de varias universidades extranjeras, miembro honorario o corresponsal de una treintena de academias y asociaciones científicas, y ha colaborado en más de sesenta revistas europeas."

rica, mucho antes de que Ingenieros tuviera treinta años. Los principales se titulan "La psicopatología en el arte" (1902), "La Simulación de la locura" (1903), "Histeria y Sugestión" (1904), "Patología del lenguaje musical' (1906), "Criminología" (1908), "La Locura en la Argentina", etc.

Dada la especial contracción de Ingenieros a los estudios médicos, era natural que consagrara sus primeros trabajos al estudio de la Psiquiatria y la Sociología. Fruto de ello fueron "La Simulación en la lucha por la vida" y la "Simulación de la locura", dos partes de una misma obra que el autor presentó como tesis para el grado de doctor en Medicina. Son, además, numerosos sus trabajos de la misma naturaleza, publicados en diversas revistas de ambos mundos, y algunos reunidos más tarde en el libro "La psicopatología en el arte". El libro "Histeria y Sugestión", muy conocido en los círculos médicos, es el fruto de sus labores al lado del magnífico talento que fué Ramos Mejía. En él se exponen historias clínicas de gran interés, por su originalidad misma, como por la novedad de la interpretación científica. Aunque algunos lectores ajenos a esos estudios podrían sorprenderse de algunas de ellas, el medio en que fueron estudiadas es garantía más que suficiente de su exactitud.

Sus estudios sobre la "Patología del Lenguaje Musical", publicados en París, llamaron la atención, por su novedad y originalidad, entre los teóricos más prestigiosos de Europa y América.

La "Criminología", a raíz de su publicación, conquistó los aplausos de los entendidos; en se-

guida se aprovecharon muchas de las ideas expuestas para citarlas y hasta ampliarlas en los tratados destinados casi especialmente a fines didácticos. La clasificación de los delincuentes, desde antaño uno de los problemas de más difícil solución dentro de los estudios criminológicos, ha sido casi resuelta mediante los esquemas de Ingenieros; es claro que en lo futuro dicha clasificación podrá estar expuesta a reformas, pero en la actualidad, y desde su punto de vista psicológico, es la que más carácter científico revela.

A menudo han sido comentados los informes periciales que publicara en los "Archivos de Psiquiatría, Criminología y Medicina Legal" de Buenos Aires, y en otras revistas, y no son raras las ocasiones en que han servido como modelos, cuando ha sido dable observar casos semejantes a los estudiados por él.

La característica de sus libros, considerados desde un punto de vista amplio, es la ausencia de exclusivismos, tan difíciles de evitar en los estudios científicos. De igual manera, debe anotarse la severidad crítica del escritor argentino, que, a veces, puede parecer exagerada a quien esté poco acostumbrado a discutir prestigios. Esta desconfianza del criterio extraño, que también se encuentra en las demás obras de Ingenieros, se origina, probablemente, en su ardiente deseo de dar forma a un criterio personal. Acepta los datos europeos, para luego aplicarlos al estudio del medio propio, pero no sin antes adaptarlos a las particularidades continentales y nacionales.

Hay que admirar, además, en él, al escritor elegante, que en muchas ocasiones ha cincelado

páginas de un refinado gusto artístico. En sus libros "La psicopatología en el arte" y "Crónicas de viaje" (1), el lector encuentra a cada paso modelos de elegancia y buen decir. Más de uno repetirá textualmente, por ejemplo, esos párrafos luminosos, aromados de gracia, que dedicara a las manos de Eleonora Duse. En estos libros, animados por una sutil ironía, aparecen como disecados muchos de los prestigios europeos, que se nos ha acostumbrado a mirar con aureola de gloria.

¿Qué decir de "El hombre mediocre", unánimemente aplaudido por diversos públicos? Es cierto que no han faltado quienes lo critiquen con acritud. Pero cuantos lo han leído sin apasionamiento, y a riesgo de encontrarse, parcialmente siquiera, retratados en esas páginas, convendrán en que ese libro es algo más que un amargo análisis; aunque en apariencia con tendencias críticas, ofrece un nuevo derrotero para el sentido moral de los hombres. "El hombre mediocre", a mi juicio, puede compararse a uno de los medios de "diagnóstico" que a menudo se emplean en medicina... No es posible recorrer esas páginas sin sentirse *touché* en algunas de las interioridades, sin sentir la necesidad de apreciar como erróneas muchas de nuestras ideas. Con frecuencia habrá una sensación de bochorno, de íntimo fracaso, porque se aprenderá a conocer los rasgos inconfundibles de la mediocridad. Pero si a la par que se siente el dolor, se trata de modificar el espíritu defectuoso, también en esas páginas

---

(1) En el segundo están refundidos "Al margen de la ciencia" y "Viaje por Italia."

que enseñan la verdad se encontrará indicado el remedio, remedio heroico a veces, pero que será indispensable aceptarlo si se desea la reforma. Es, en suma, un verdadero libro de moral idealista, cuyo complemento doctrinario encontramos más tarde en "Hacia una moral sin dogmas", en que define los límites de una moral independiente, a la manera de los modernos moralistas laicos.



Sus "Principios de Psicología" no podrán ser omitidos por ningún profesor consciente de su deber, cuando exponga los aspectos generales en el estudio de esta ciencia. Si los tratados de psicología especial son abundantes, y algunos de primera necesidad, no ocurre así con los que tratan de los problemas generales, donde sólo se debe estudiar la esencia misma de la psicología y el conjunto de sus aplicaciones a las demás ciencias; y la obra de Ingenieros, en el concepto de los especialistas en la materia, es una de las más completas y sobre todo tiene el mérito de su amplitud de criterio, que permite formular conclusiones que en los textos corrientes, por su naturaleza misma, no pueden ser previstas.

La obra, como lo expresa el prefacio, es una *Introducción al estudio de la psicología.* Examina la *formación natural de las funciones psíquicas* en la evolución de las especies vivientes, en la evolución de las sociedades humanas y en la evolución de los individuos. Sus resultados más generales permiten plantear un *sistema de psicología genética,* constituído por la psicología

comparada (filogenética), la psicología social (sociogenética) y la psicología individual (ontogenética). Ingenieros concibe *la psicología como una ciencia natural*, concordante con las hipótesis más generales de las ciencias biológicas; aplica a sus problemas el *método genético*, llegando a resultados que permiten formular algunas leyes generales de la psicología y unificarlas en sistema. Su libro pretende llenar ese objeto con claridad inequívoca. "Ningún sistema merece tal nombre si hay contradicción en sus partes o falta de unidad en su conjunto: las hipótesis particulares deben cimentarse recíprocamente, dentro de una coordinación original. En nuestro bosquejo sistemático de la *psicogenia* se articulan rigurosamente tres hipótesis fundamentales: la *formación natural de la materia viva, la formación natural de la personalidad consciente* y la *formación natural de la función de pensar*. Ellas se refieren a los tres problemas esenciales de la psicología biológica: procuramos resolverlos en oposición al vitalismo y la generación espontánea, a la conciencia epifenoménica o creadora, y al racionalismo intelectualista" Al considerar la psicología como una ciencia biológica, Ingenieros no restringe sus dominios; el método genético, aplicado al estudio de las disciplinas filosóficas y sociales, permitirá reconstruir la formación de la lógica. la moral, la estética, la sociología, el derecho, etc., y estudiarlas como ciencias naturales sustentadas por la psicología. (1).

Con esta obra, producto de los cursos profesorales de 1907 a 1910 en la Universidad de

(1) *Principios de psicología*, 6.ª edición, Buenos Aires, 1919.—Pág. 8.

Buenos Aires, se define la consagración de Ingenieros a los estudios de filosofía. Cerrado el ciclo de sus investigaciones científicas, muestra desde esa fecha una preocupación sostenida por más altos problemas; y aun cuando vuelve a tratar temas científicos o históricos, como en su estudio sobre "Ameghino" o en "La evolución de las ideas argentinas", el filósofo no deja nunca de contralorear la obra del científico, buscando en todas las cuestiones su aspecto más general o más profundo.

Es natural que quien, como Ingenieros, ha laborado como fino psicológo, ha de estar capacitado para la crítica más precisa. Si no es raro que un escritor dotado de varia ilustración acierte en sus apreciaciones críticas, ¿cómo no aceptar que el cultor de la psicología puede adquirir la máxima aptitud para esos trabajos? Y si el psicólogo ha actuado como tal en la práctica, en la cátedra y en el libro, es lógica su perspicacia en la generalidad de los casos. Su libro consagrado a Ameghino—por desgracia aún no conocido suficientemente en nuestra América,—bastaría para que se admiraran sus facultades críticas, si desde antiguo no fueran conocidas. La obra citada tiene, además, el inmenso valor de demostrar la energía de la ciencia americana, que, pese a las vulgares sonrisas irónicas, acabará por adquirir la autoridad que en la actualidad le regatean los mezquinos intereses de cuantos suponen que el criterio sólo puede aceptarse cuando es de procedencia europea ó estadounidense...

Todo el saber y el talento de Ingenieros se ha concentrado últimamente en el examen y comentario de los fenómenos históricos, y en

particular los de su patria, pero llevando a ellos un concepto verdaderamente filosófico y sociológico. Los dos tomos que lleva publicados, relativos a la "Evolución de las ideas argentinas", son el resultado de un esfuerzo magno (1). Leyéndolos no se sabe si admirar más al historiador, al sociólogo, o al psicólogo puro. Vale mejor considerar la personalidad de Ingenieros en toda su complejidad, sin hacer distingos entre las partes que la componen. En último término, admiramos su criterio científico, y quien dice en la actualidad científico, dice las múltiples relaciones de las disciplinas particulares que cultiva el entendimiento humano, como preparación para encontrar la verdad filosófica. Y aunque es probable que ésta no llegue a ser fijada con límites precisos, por lo mismo que evoluciona paralelamente a las cambiantes aspiraciones de la inteligencia, en todo tiempo se admirará a quien mayores relaciones estudia. Igual que para cada uno de los libros de Ingenieros, que demandarían un estudio especial, "La evolución de las ideas argentinas", si se tratara de estudiarla en particular, no sería seguramente, la que menores esfuerzos demande. No en vano parece ser el fruto de su madurez intelectual.

No terminaré estas líneas previas al estudio de sus "Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía", sin citar el magno trabajo que se ha impuesto con la publicación de la "Revista de Filosofía" (2), campo adonde convergen en

---

(1) La obra completa consta de tres grandes volúmenes: *La Revolución, La Restauración* y *La Organización.*
(2) Se publica desde 1915.

la actualidad las actividades de los mejores talentos americanos, de todos los que se preocupan por la cultura general, tan necesaria y al mismo tiempo tan deficiente en las naciones de habla castellana. Sólo en la Argentina, donde no ha tomado esa cultura un tinte local, puede publicarse una enciclopedia ideológica como la "Revista de Filosofía". Y ella se debe al particular entusiasmo de Ingenieros. ¿Qué mejor medio podía escoger para el estímulo y la propagación de una cultura verdaderamente superior?

Concepto de la ciencia y de la filosofía

Es tiempo ya de hablar de Ingenieros y de sus opiniones filosóficas.

Por los antecedentes que tenemos en cuenta, demasiado fácil es suponer que no vamos a encontrar en este autor la fácil y antigua originalidad, puramente formalista o verbal. Educado en la continua disciplina de las ciencias, tal como él lo relata, se inclina hacia conclusiones que son, ante todo, el fruto de muchos años de experiencia y meditación.

En el estado actual de la ciencia y de los sistemas filosóficos, como generalmente se los comprende, hay una verdadera confusión de conceptos. Más que nunca, los límites de cada uno se confunden, hasta el punto de iniciarse discusiones sobre problemas anticuados, que, por lo tanto, no debieran volver sobre el tapete.

Aunque en el fondo no hay motivo para tal confusión, desde que el progreso de las ciencias ha permitido precisar los conceptos de ciencia y de filosofía, el hecho, si bien paradojal, tiene su explicación. Al contrario de lo que sucedía en tiempos pasados, cuando se consideraba a ambos como términos fijos de una antinomía, ahora no es posible mantener ese dualismo, pues la filosofía no puede ser racional si no parte de los datos experienciales. Las hipótesis metafísicas, por más que parezcan

desligadas en absoluto de la ciencia, se encuentran determinadas en su origen por el criterio de ella. La confusión no se encuentra, pues, en el problema mismo, sino en aquellos que quieren interpretarlo y explicarlo mediante unos cuantos datos científicos que no guardan entre sí orden ni relación alguna, lo cual les permite jugar con ellos hábilmente, sacando como consecuencia paradojas y contradicciones que en realidad no existen. Estos pseudo científicos, que cultivan un *dilettantismo* de baja estofa, no poseen verdadero criterio científico ni filosófico; carecen de la disciplina metódica y del amplio talento deductivo necesario para la interpretación de los hechos; de ahí la confusión de conceptos, verdadera red logomáquica, que simula contradicciones y fracasos allí donde no hay sino charlatanismo e ignorancia.

El problema de las relaciones entre la ciencia y la filosofía fué planteado con claridad por Ingenieros en el capítulo que sirve de introducción a sus "Principios de psicología", desde 1910. Más tarde, en 1916, volvió sobre el tema, en su trabajo "La universidad del Porvenir", leído en el Congreso Científico de Wáshington. Por fin, en 1918, dió una expresión definitiva a su pensamiento, en sus "Proposiciones", separando lo que es experiencial y pertenece a las ciencias, de la que es inexperiencial y pertenece a la metafísica, reservando a ésta exclusivamente el rango superior de filosofía.

Decía, ya, en el primero de los trabajos mencionados (1):

"El desarrollo progresivo de la experiencia

(1) *Principios de Psicología.* (Sexta edición, 1909, Buenos Aires). Págs. 16 y 17.

ha modificado en el curso de los siglos la interpretación metafísica de lo desconocido. La limitación forzosa de las ciencias primitivas fué causa del predominio de la imaginación sobre la experiencia en las primeras concepciones filosóficas, esencialmente míticas o religiosas; más tarde, la porción creciente de la experiencia fué subordinando en proporción idéntica la parte de la imaginación, corrigiéndose las hipótesis de la metafísica en armonía con los resultados de las ciencias; en nuestros días, el conocimiento del universo va entrando más y más en los dominios de la experiencia actual o posible, a punto de abarcar las ciencias muchos de los problemas que antes fueron patrimonio exclusivo de la filosofía. Así ha surgido la posibilidad de una "filosofía científica". No es, sin embargo, una ciencia de las ciencias o una filosofía de las ciencias, como suele afirmarse; es una verdadera metafísica de la experiencia. No puede ser un sistema fijo; está en formación continua, como las diversas experiencias en cuyas leyes se funda.—Fácil es advertir que la palabra *metafísica* adquiere en estas condiciones un valor nuevo, distinto siempre y con frecuencia antagónico del que le atribuyeran los filósofos clásicos. Empezaremos, pues, diciendo que es posible concebir la constitución de la filosofía científica como un *sistema de hipótesis legítimas, concordantes con los resultados generales de la experiencia, que se propone explicar los problemas que permanecen fuera de la experiencia*".

Tal concepción de la metafísica, a nuestro parecer es la más conforme con las actuales aspiraciones de precisión. No de otro modo puede concebirla quien esté habituado a sujetarse al

influjo de principios científicos claramente demostrados.

Conviene hacer notar que Ingenieros insiste en que "las ciencias son sistemas de verdades cada vez menos imperfectos", oponiéndose a toda noción de conocimientos absolutos, dada la relatividad forzosa del saber humano. Considera que, siendo variantes los elementos de nuestra experiencia, y sus relaciones, toda ley enuncia una constancia en los hechos y es una expresión perfectible de relatividades funcionales. La noción de principios absolutos e invariantes es absurda y no merece llamarse hombre de ciencia quien padezca esas supersticiones trascendentales de los antiguos teólogos y metafísicos; los que desean o temen que las ciencias fijen dogmas nuevos en reemplazo de los viejos, demuestran no haber estudiado ciencia alguna y no estar capacitados para su estudio. Los métodos, en fin, no son cánones eternos, sino hipótesis económicas de investigación, inducidas de la experiencia misma; conducen a resultados rectificables que constituyen conocimientos relativos, presumiéndose ilimitada su posible perfección. Debe inferirse de ello que no existen ciencias terminadas; es tan ilógico creer que ellas han resuelto los infinitos enigmas de la naturaleza, como suponer que puede entenderse alguno sin estudiar previamente las ciencias que con él se relacionan. En suma, "cada ciencia es un sistema expresable por ecuaciones funcionales cuyos elementos variantes son hipótesis que sirven de andamiaje al conocimiento de una parte de lo real; el valor de cada hipótesis no es relativo a ningún principio invariante, sino al de otras hipótesis, siendo cada una función de las demás. En alguna futura teoría funcio-

nal del conocimiento podrán concebirse las mismas hipótesis metafísicas como complejas ecuaciones funcionales, cuya variancia inexperiencial esté condicionada por las variancias experienciales, correlacionables todas en un sistema infinitamente perfectible". En suma, ciencia y filosofía, en perpetuo perfeccionamiento e integración, formarían, según Ingenieros, dos dominios diferentes pero harmonizables, relativo el uno a lo que puede ser objeto de experiencia y el otro a lo que permanece inexperiencial.

*
* *

Hay en nuestros días, sin embargo, dos concepciones opuestas acerca de las relaciones entre la filosofía y las ciencias. La una, que cuenta entre sus sostenedores al admirado escritor español Ortega y Gasset, considera que la filosofía debe estar absolutamente desligada de todo fundamento científico, porque, según su opinión, si ella tiene en cuenta los datos metódicamente precisados por la investigación, tiene que subordinarse y perecer, por fuerza, dependiendo de esos principios científicos.' Y el noble estudio de la filosofía, su abolengo, su esencia, no pueden consentir semejante rebajamiento si no es a riesgo de perder todo lo que ha hecho de ella la más alta disciplina mental. "Las diversas ciencias de que se tiene noticia, estudian la vida con un método propio, y todas creen tener en su mano la verdad. Pero todas arrancan de un supuesto dado, lo mismo que el pastor afirma sus pies en la montaña que nunca vió girar. Este supuesto, por dado y por supuesto, no lo pueden estudiar ellas mismas; constituye su base.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que esa base sea falsa. ¿Estamos seguros de que todo lo que vemos existe tal cual. Otra ciencia, pues, debe estudiar ese principio. Será esta una ciencia que afirme sus pies en otro continente, y no tendrá por lo tanto, supuestos para nosotros. Estudiará el problema de la verdad, de la verdad angular, de que deben derivarse las verdades particulares.—Esta ciencia primera es la filosofía. Atenderá fundamentalmente la verdad, sin apoyarse en ninguno de los datos que comunican las demás ciencias, porque esto sería aceptar un supuesto" (1).

La filosofía, desde este punto de vista, no acepta, pues, los datos que le proporcionan las ciencias experimentales.

El razonamiento no es nuevo. Muchos filósofos antiguos y modernos lo han usado *larga manu*, como un argumento suficientemente sólido y capaz de mantener una autonomía de la especulación filosófica. Spencer mismo, a pesar de sus conatos de experimentalismo, en gran parte apreciables, al hacer la distinción entre la verdad absoluta y la verdad relativa, afirmaba: es forzoso reconocer que no puede establecerse ninguna verdad relativa, en tanto no se hayan formulado separadamente las verdades absolutas (2). Sólo que, tratándose de ciencias, no podemos admitir esta clasificación de finalidad. La verdad absoluta, propia de una investigación especulativa, no puede caer ni caerá nunca bajo el dominio de la ciencia, pues esta significa mé-

---

(1) Bibliografía sobre "Las lecciones de filosofía, de Ortega y Gasset." por José Gabriel, en la *Revista de Filosofía, de Buenos Aires, marzo de* 1917.

(2) H. Spencer: "Fundamentos de la moral", trad. de García del Mazo, Madrid, 1881.

todos y los métodos son aplicables a lo perceptible. La filosofía, o más bien digamos, la metafísica, no es una verdadera ciencia. Porque no puede reconocer leyes ni principios reales, ni puede llegar tampoco al conocimento de verdades reales por medios puramente especulativos. En vano se debatirá entre sus inmensos anhelos, porque lo "absoluto" no es experiencial ni ideal (1).

La metafísica tendrá que modificarse incesantemente. Y ello, porque, quiéranlo o no quienes ansían su autonomía, necesitará, si quiere armonía y seriedad, conocer los resultados de la experiencia para lanzarse, como bien lo cree Ingenieros, a la construcción de hipótesis inexperienciales; de otro modo, el progreso de la metafísica sería imposible. Apenas podría presentar, la de tiempos pasados, el bello aspecto de un arabesco de ideologías ingeniosas. Es una falacia verbal aquello de suponerse que hace falta el fundamento de principios absolutos, a los que quiere llegar cierta metafísica, para la investigación científica. La verdad, más que verdad angular, es una aspiración del espíritu humano, un anhelo que resulta de la organización psicológica individual, y de ninguna manera una construcción terminada e imperfectible. No podemos, por lo tanto, considerarla sino como un producto humano, que puede realizarse y se realiza en la práctica científica, siendo imposible, por lo tanto, independizarla de ella, y menos abrir entre una y otra un foso infranqueable.

De ahí que la filosofía no puede aislarse de una manera absoluta de la ciencia. Su mismo

(1) Ingenieros: "Proposiciones". ver Proposición décima.

carácter evolutivo y perfectible la determina a tener en cuenta los principios y hechos, explicados y descubiertos por la investigación. Y aunque la filosofía de Cousin no se ajustó, ni mucho menos, a este criterio, bien merecen recordarse estas palabras suyas: "Unir l'observation et la raison, ne pas perdre de vue l'ideal de la Science auquel l'homme aspire, et le chercher et le trouver par la route de l'experience, tel est le probleme de la Philosophie (1).

En su trabajo de 1916, sobre "La Universidad del Porvenir" (2), Ingenieros abordó el tema desde el punto de vista de sus aplicaciones prácticas a la reforma de la enseñanza universitaria, sosteniendo la necesidad de coordinar los estudios superiores especiales de manera que favorezcan la elaboración de grandes hipótesis generales. Pero, en realidad, su pensamiento alcanza toda su integridad en las "Proposiciones", del año 1918.

Consecuente con la manera de interpretar la Filosofía, que se adquiere cuando no sólo se ha fantaseado sobre los principios científicos, sino que se los ha estudiado y practicado, Ingenieros cree "que la metafísica es el único género filosófico que no puede convertirse en ciencia y que constituye *strictu sensu* toda la filosofía; el verdadero objeto de la filosofía es formular hipótesis legítimas acerca de los problemas que exceden a la experiencia. Filósofo es aquel que plantea o renueva los problemas metafísicos, aquel que formula o coordina hipótesis legíti-

---

(1) V. Cousin: "Du vraie, du beau et du bien", París, 1854, pág. 20.

(2) Ingenieros: "La Universidad del Porvenir", segunda edición, publicada por el Ateneo del Centro de Estudiantes de Medicina, Buenos Aires, 1920.

mas para resolverlas" (1). Esta es la legítima manera de considerar a la Filosofía, manera no creada solamente, ni sostenida por unos cuantos filósofos, sino nacida de los resultados del conocimiento moderno. No es el fruto de una escuela, no es la concepción de varios individuos; al contrario, es una resultante del saber acumulado en el transcurso de los siglos. Se debe aceptarla porque es la vida misma. Sólo aquellos que se interesan, con miras dudosas, por ocultar el problema entre los cortinajes envejecidos del sofisma—y a quienes corresponde la hipocresía de los filósofos estudiada por Ingenieros—pueden aun discutir los resultados de la experiencia y desear la separación absoluta entre la filosofía y la ciencia.

Sin embargo, por ilógica que parezca esta tendencia, tiene su razón de ser. En filosofía, lo mismo que en política, aunque aparentemente se declama en nombre de ideales nobles y desinteresados, de hecho hay un como resurgimiento del individualismo acomodaticio. Las dificultades sociales son tan inmensas y la lucha por la vida tan urgente, que para llegar a la supervivencia, pudiéramos decir, se utiliza esta simulación de ignorancia, como gran recurso para el surgimiento de la personalidad. De ahí que se puedan reconocer, bajo los coloretes y ropajes imaginarios, viejas disputas que los antiguos filósofos abandonaron, por insostenibles y absurdas. De ahí que ahora se entablen discusiones sobre criterios primitivos, como queriendo borrar cuanto se ha fantaseado sobre ellos en épocas memorables. Este ataque sor-

(1) Ingenieros: "Proposiciones", pág. 16 (segunda edición, 1919).

presivo hace que muchos, creyéndolos de buena fe, y desprovistos de seria preparación, lo acepten y amenacen con sus alharacas producir la confusión de conceptos. Pero felizmente, muchas de las verdades adquiridas nada tienen de fantasmagóricas y, por lo mismo, no serán vencidas con exorcismos. Antes bien, en su camino de perfeccionamiento, irán adquiriendo fuerzas y luminosidad, al mismo tiempo que desembarazándose de unos cuantos residuos místicos, todavía inevitables. Los ingeniosos sofismas de que se valen los modernos contradictores de la ciencia están fundados en argumentos que ya no tienen razón de ser. Atacan principalmente las premisas del positivismo del siglo XIX, ya en desuso, y combatiéndolas, se figuran propinar duros golpes a la ciencia. Y de ahí sacan las deducciones relativas a la posible independencia de algunas disciplinas filosóficas, hoy convertidas en ciencias.

Las cinco llamadas proposiciones dogmáticas, que critica, por ejemplo, el bergsonismo, son las siguientes: 1.° La ciencia es el conocimiento de la realidad, por medio de la medida, de la experiencia y de la observación, es decir que las matemáticas, aplicadas a la sensación que el mundo nos envía, nos permiten descubrir las leyes del universo. 2.° No hay más conocimiento verdadero que el obtenido por los métodos anteriormente dichos. 3.° La Lógica, la Etica, la Estética, son partes de la Psicología, las partes que estudian como el hombre piensa, como quiere, como siente. 4.ª La Psicología es una ciencia positiva y verdadera desde que aplica los métodos de experimentación y observación (psicofisiológico) y desde el momento en que se

científicos. Y es que si bien, en el fondo, algunos somete a la medida (psico-física). 5.° Todo supuesto conocimiento filosófico o metafísico es una fantasía más o menos bella, ya que no se usa de la medida, de la experimentación y de la observación". (1).

Alrededor de estos puntos se libra el combate en la actualidad, sin embargo de que un análisis crítico severo no puede admitir en toda su extensión que esos sean los únicos postulados científicos. Y es que si bien, en el fondo, algunos de ellos son invocados por los partidarios de la investigación, se los comenta y expone con exageraciones que los hacen aparecer absurdos. Quien tenga una regular preparación científica puede saber que no es sólo el concepto del número lo que buscan las ciencias; las propiedades de la materia viva y su manera de desenvolverse, tienen hoy, por ejemplo, más interés filosófico que cualquier otro objetivo científico.

Además, la aplicación de los métodos no puede ser suprimida. Su fuerza y su prestigio no permiten imperativos dogmáticos ni serán reemplazados por otros. Contra los deseos de sus enemigos, ello no ha sucedido, ni probablemente sucederá, pues los actuales métodos, mediante los cuales se llega al conocimiento de muchas leyes y principios que rigen la naturaleza, son más fuertes de lo que parecen, aunque se vayan perfeccionando sus detalles. En vano los sistemas modernos contrarios a la verdad científica, cuyo tipo es el intuicionismo bersogniano, se debate y quiere afirmarse en principios hipotéticos

(1) Manuel G. Morente: "La filosofía de Henri Bergson." (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes). págs.38 y 39.

—alma, conciencia—para atacar el valor de los datos experimentales. En oposición a la inteligencia, que se sirve de los métodos citados para llegar a la verdad, la intuición, que pudiera llamarse instinto de lo absoluto, aparece con caracteres extraños. "La intuición filosófica penetra en lo vital, aprehende el aliento del espíritu y engendra un conocimiento, no total, pero sí directo y absoluto de la vida". "Lo absoluto, no significa todo lo real, sino lo real—mucho y poco, sin afeites ni velos que lo encubran". Y, sin embargo de su diferencia esencial de método y objeto, la intuición, según su creador, ha de ser explicada por metáforas tomadas de la realidad. Lo cual no es otra cosa que la aplicación evidente de los mismos métodos combatidos: observación, experimentación, etc. En resumen, el intuicionismo admite la clasificación de las dos verdades: absoluta (del dominio de la filosofía) y relativa (del dominio de la ciencia), igual que el númeno y el fenómeno Kantiano, e igual que todas las filosofías que han creado la oposición entre el mundo externo y el interno. Por eso, observa con razón Ingenieros, que "pertenecen al género místico los métodos que definen la *intuición* como una "facultad" que permite reconocer verdades por procedimientos ajenos a la razón y a la experiencia; pues cuando no se da a la intuición ese sentido, no difiere de la imaginación constructora que elabora hipótesis partiendo de la experiencia". (1).

(1) "Sabido es que, en la actualidad, se usa la palabra *intuición* con una vaguedad que permite a cada intuicionista entenderla de una manera distinta; muchos polemistas suelen emplearla como sinónimo de "imaginación creadora" pero con la imprecisión necesaria para que los incautos la interpreten como una "adivinación mística", que permite a los ignorantes creer



En las primeras épocas de la organización de la cultura, se consideraba legítimamente incorporadas en la filosofía ciertas disciplinas que hoy han tomado caracteres científicos suficientes para llegar a independizarse de ella.

Esta *disgregación de la filosofía*, como la llama Ingenieros, se inició en el siglo XVIII y se completó en el siglo XIX. Las ramas del derecho natural y la teodicea son ya ajenas a las disciplinas filosóficas. La lógica, la ética, la estética, derivadas de la Psicología, tienen su campo de acción en lo experiencial, utilizan métodos comunes, y también, por lo tanto, son independientes de la Metafísica; sólo los problemas no experienciales de las ciencias psicológicas tienden a ser relegados a la metafísica, aunque esta tendencia no es neta todavía (2). Muy acertada nos parece, a este propósito la censura de Ingenieros para algunos modernos cultivadores de la Metafísica, que la conciben como una casi exclusiva discusión de los problemas lógicos. El método genético, utilizable en el estudio de la Lógica, igual que en la Psicología, de donde deriva, le permite progresar conforme a los datos experienciales; su relación con ellos es tan estrecha, que muchos en nuestros días, quieren ya no considerarla como disciplina cien-

---

que pueden saber más que los estudiosos. Este equívoco es una forma de la consabida hipocresía."—Nota de José Ingenieros: "Proposiciones", pág. 79.—Añádase a esto el significativo pedagógico de la *intuición*, enteramente contrario al filosófico, y se tendrá una probabilidad más de confusión cuando se trate de interpretar el significado de esa palabra.

(2) "Proposiciones", pág. 112.

tífica, más o menos independiente, sino como un simple capítulo de la Psicología. Para comprobar el carácter absolutamente psicológico de la Lógica, bastaría citar, por ejemplo, ese libro admirable y que va conociéndose y apreciándose mucho entre nosotros, la "Lógica viva", de Vaz Ferreira. No es posible, por eso, concebirla independizada de las leyes biológicas. Y basándose en ello, Eugenio D'Ors, uno de los tipos de pensador con que se onorgullece la época actual, ha examinado en sus detalles, el organismo funcional de la lógica, acabando por formular concepciones rigurosamente científicas. Transcribo a continuación esta síntesis publicada por Enrique Jardi:

"Trabajando en la constitución científica de la Lógica, Eugenio D'Ors ha aportado a la solución de los indicados problemas una hipótesis sólida y rigurosamente establecida que nos parece inatacable. Partiendo de la teoría clara y definitiva de Avenarius, según la cual todo problema representa para el ser vivo una situación de desequilibrio entre sus fuerzas intelectuales y las circunstancias exteriores, e inscribiendo a esta teoría una noción biológica, que Avenarius no pudo emplear, la de la instabilidad constante, que caracteriza, por definición, la vida, resulta teniendo sobre todo en cuenta que esa instabilidad es exagerada en los centros nerviosos superiores donde se producen las detenciones de reflujo que nos dan la definición fisiológica de la conciencia, que la menor excitación procedente del exterior destruiría semejante equilibrio, destruyendo con ello la vida, si el individuo no contase entre sus fuerzas propias la de neutralizar aquella excitación, la de

volverla de tóxica en inocua, incorporándola a su equilibrio en los conflictos futuros. De modo que, según Ors, este proceso en nada difiere del proceso general defensivo de la vida, y que por tanto, la *teoría de la descomposición diastásica y de la inmunidad consecuente,* forman una síntesis en que entran no sólo los fenómenos biológicos, sino también los fenómenos intelectuales.

"En resumen, la razón representa frente a la toxicidad de las excitaciones nerviosas en que interviene la conciencia, lo que representa la descomposición diastásica en los fenómenos de alimentación y de infección, o sea un procedimiento de defensa, que es inmediatamente un proceso de descomposición y remotamente a veces un proceso de inmunidad. En este sentido, la lógica representa con relación a las sobredichas excitaciones tóxicas, lo que en puro lenguaje biológico, se llama una inmunidad adquirida. La razón es, pues, energéticamente una diastasa; la lógica, una inmunidad. Esto demostrado, ya no puede verse en la actividad racional humana otra cosa que una de las manifestaciones de la vida; así la esencia de aquella será un caso particular de la esencia de ésta: la Lógica podrá valerse de los métodos y de la síntesis de la Biología. Así también, considerada la actividad racional como fenómeno vital, y consecuentemente, antropológico, sino *humanista,* en el sentido de que el hombre, conociendo genéticamente su propia razón, su ciencia, no puede ya hallarse esclavo de ellas, sino que en frente de ellas, su espíritu conserva una posición de *libertad,* de superior *ironía,* no rin-

diéndose jamás ante la ley lógica, porque sabe que la ley lógica, es hija de su espíritu". (1).

Así va perdiendo la lógica su antigua inmutabilidad, como lo explicara ya claramente Ingenieros en el sintético estudio sobre "la formación natural de la función de pensar", capítulo de sus "Principios de psicología". De ahí que muy profundamente Ingenieros afirme que las ciencias psicológicas estudian los *diversos aspectos de la formación natural de la experiencia*: experiencia lógica, experiencia moral, experiencia estética, cada una de las cuales constituye una ciencia en particular, cuyo principal punto de apoyo, para su progreso, es el método genético. Donde más clara se ve la utilidad de dicho método es en su estudio especial de Psicología. El le ha permitido la eliminación del farragoso capítulo de las facultades derivadas de un alma de naturaleza distinta del cuerpo. Y ha facilitado el estudio simultáneo del organismo y sus manifestaciones psíquicas, propias de los animales y sujetas a un ciclo de evolución concorde con la de la materia viva. Por fin, la psicología considera la inteligencia como un producto del funcionalismo orgánico, sujeto

---

(1) Enrique Jardí: La Filosofía de Eugenio D'Ors.—"Boletín de Instrucción Pública"—de Buenos Aires—Tomo XVIII.—Núm. 25. septiembre de 1914.—Fundamentándose en esta concepción evolutiva de la Lógica, es como llega D'Ors a la teoría de la razón fundamental, centro de sus especulaciones metafísicas aún no tan conocidas como merecen.

Por difícil que parezca a la comprensión, su análisis de la lógica afirma la necesidad que hay de referirse a los datos científicos, como primera providencia para llegar al campo de lo *inexperiencial*.

Y semejante concepción es un contraste sorprendente con la antigua lógica, esencialmente dogmática e inamovible de sus posiciones, que quiso imponer con prestigio de autoridad no pocos principios falsos, o por lo menos, apriorísticos.

por lo tanto a las variaciones y progresiones que le impone el tiempo. De ahí que tanto la experiencia estética como la moral, hayan adquirido una movilidad inusitada, y compatible con un perfeccionamiento indefinido.

Cuando este criterio se acepte, desaparecerá la antinomía entre ciencias naturales y morales, pues que la propia denominación de estas últimas es: ciencias psicológicas, tan naturales como las primeras. Por esto se pregunta Ingenieros: "¿Qué será de los "principios" tradicionales de la Ética cuando se acepte que las verdades morales no difieren de las demás verdades naturales? La objeción, que inquieta a muchos, parte de esta hipótesis falsa: la invariabilidad de los *principios* de una moral *única*. Creo que la sustitución de esa hipótesis ilegítima por otras, más conformes con la experiencia moral de las sociedades humanas, resolverá el inquietante problema, y nadie ignora que la casi totalidad de los moralistas contemporáneos concuerda en concebir como sociales, variables y múltiples, los fundamentos de la obligación y la sanción, que en otra época fueron considerados puramente ontológicos o racionales".

Una vez que se llegue a comprender y a aceptar la independencia de las ciencias psicológicas de la filosofía, que propiamente se reducirá a la Metafísica, se aclararán los verdaderos problemas en discusión. La Metafísica, según Ingenieros, "ganará en amplitud y precisión, constituída en toda la filosofía, comenzando a elaborar sus hipótesis en el punto mismo en que *todas las ciencias* fijen (en cada momento y provisoriamente) los límites de su horizonte experiencial. Y no habrá dos verdades contra-

dictorias, ni verdades peligrosas, ni verdades sacrificadas, ni verdades perfectibles de la experiencia opuestas a las verdades absolutas del dogma o de la razón, sino un sistema armónico compuesto de leyes perfectibles y de hipótesis legítimas, incesantemente renovadas" (1). Y una vez metodizado así el estudio de la metafísica, acaso sea posible ahorrar disputas estériles, las cuales, antes que sacar conclusión alguna, mantienen estacionario el progreso de la filosofía, en beneficio de unos cuantos intereses creados.

Y ahora, examinemos las "Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía", (1918), que sintetizan el pensamiento actual de Ingenieros y que contienen, sin duda, los elementos cardinales de lo que aún pueda producir sobre filosofía.

(1) "Proposiciones", pág. 119.

La filosofía de Ingenieros

A fines de 1917 Ingenieros fué electo miembro de la Academia de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires. El 8 de junio de 1918 presentó a la misma, como discurso de recepción, sus "Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía". No debieron parecer muy ortodoxas a sus respetables colegas; se encontraron dificultades formulistas y no tuvo lugar la ceremonia pública de la recepción. Se le consideró más tarde incorporado de hecho, sin pasar el mal trago de escuchar la lectura de un trabajo que empezaba hablando de la "hipocresía de los filósofos" y acababa diciendo que "todo tiempo futuro será mejor".

Creemos que esta obra debería llevar por título *Los fundamentos de la metafísica futura*, pues, en realidad, trata de esta cuestión. Se compone de *diez proposiciones* (1), desarrolladas en otros tantos capítulos escritos con escrupuloso afán de orden y claridad.

Después de analizar las causas de orden moral y social que hicieron fracasar al Renaci-

(1) La primera edición (1918) sólo tiene al fin los resúmenes bastante imperfectos de cada capítulo. La segunda edición (1919) tiene las diez proposiciones, formuladas en forma concreta y sintética; además cada capítulo está precedido por un breve sumario, que facilita mucho la lectura. Nos hemos servido, para esta crítica, de la segunda, que es muy superior.

miento, en materia filosófica, Ingenieros estudia la crisis filosófica del siglo XIX y considera que en él fracasó la metafísica; acusa de ello por igual al positivismo científico, que renunció a estudiar los problemas ajenos a la experiencia, y al espiritualismo, porque sólo se ocupa de restuarar las teorías de la vieja metafísica heredada de la Edad Media.

Ingenieros cree posible la renovación de la metafísica, llamando así al estudio de los problemas que llama "inexperienciales", por creerlos inaccesibles a las ciencias. Pero afirma que para obtener resultados "legítimos" será necesario renovar los problemas y los métodos de la metafísica, renunciando a todo lo que sea hipocresía o mentira convencional, renovando el actual lenguaje filosófico y dando una nueva arquitectura a todas las "ciencias morales" en sus relaciones con la metafísica.

Tan arduo objetivo no podía dejar de presentar sus dificultades, que señalaremos en el curso de las páginas siguientes, en que haremos seguir una breve crítica al resumen de cada proposición. Y, como es natural, más de una vez expresaremos las dificultades que nos parecen presentarse en el proyecto de perfilar las bases de una metafísica que no es sólo diferente, sino la antítesis, en cierto modo, de la que corre hace muchos siglos con ese nombre y encuentra aún en nuestra época personas, y no de poca autoridad, dispuestas a resucitarla.

PROPOSICION PRIMERA

La hipocresía de los filósofos.—"El Renacimiento filosófico se detuvo en indecisos balbu-

ceos; la herencia escolástica y el dogmatismo social impidieron la renovación legítima de las hipótesis metafísicas, en los sistemas filosóficos que sustituyeron a las teologías medioevales. La *hipocresía de los filósofos,* destinada a conciliar sus opiniones propias con las creencias vulgares, apareció con la teoría de las dos verdades, representada en la actualidad por la concepción de dos filosofías distintas, una de la Naturaleza y otra del Espíritu".

Aunque en la mayor parte del razonamiento que antecede a esta conclusión, Ingenieros anota abundantes hechos de innegable verosimilitud, nos parece que concede muy poca importancia a la ignorancia de los filósofos; presenta las doctrinas de éstos como una actitud de conveniencia, es decir, como una inmoralidad deliberada. Creemos que si se han de notar los fenómenos y aspectos sociales de una época dada, en lógica correlación con sus filósofos, durante la crisis filosófica del Renacimiento el prestigio de la Ciencia no era lo suficientemente fuerte para luchar con ventaja contra la corriente dogmática, de carácter religioso, que dominaba entonces. Muchos de los principios, cuyo conocimiento es ahora imposible eludir, estaban en esbozo o aún no aparecían. Mal podían, por lo tanto, imponerse a quienes se juzgaban científicos sólo por su habilidosa dialéctica. El aspecto vacilante de esos datos experienciales carecía de la fuerza suficiente para facilitar su estudio, y esos filósofos, recelosos por temperamento y costumbre, no podían aceptar la imposición de verdades a medias, que aún conservaban, por eso mismo, demasiados ribetes hipotéticos. Y como aún dentro de los cultivadores

de la ciencia, era notable la resistencia ante hechos y leyes nuevas, ya por el natural dogmatismo de lo aceptado, ya por la falta de tendencias hacia la metodización sistemática, muy natural resultaba que los simples filósofos se resistieran a reverenciarlos o por lo menos ignoraran los estudios científicos recientes, y lo que es peor aún, no los acogieran con la fe necesaria para fundamentar sobre ellos sus disquisiciones. Por otra parte, la caparazón matemática que generalizó demasiado la idea de mediciones infalibles aplicadas a los datos de la experiencia, se convirtió, por su mismo carácter dogmático, en una valla a veces insalvable para algunos filósofos. Tan cierto es ello, que aún en nuestros días—hemos tratado de esto más arriba,— la gran razón de muchos para no aceptar los principios científicos es ese supuesto dogmatismo pitagórico, felizmente en desuso, como actitud extrema. La hipocresía de los filósofos, que tan fuertes censuras merece de Ingenieros, creo que en buena parte podría sustituirse por la ignorancia de los filósofos, sobre todo a raíz de la crisis metafísica.

En cambio, los que en la actualidad quieren independizar la filosofía de la ciencia, o subordinar ésta a aquélla, o combatir la última valiéndose de sus mismos principios, pero considerados parcialmente y bien encubiertos bajo una máscara de dogmatismo; todos los que repiten las hueras exclamaciones de Brunetiere, cuyo criterio político y de creyente le quita toda respetabilidad, como recurso para resistir al fracaso de esa que tan ingeniosamente llama Ingenieros la *paleo-metafísica;* todos ellos, repito, sí merecen ser clasificados entre lós cul-

tores de la hipocresía de los filósofos. Y es que hoy por hoy resulta imposible disculpar a cúantos cultivan la filosofía, del desconocimiento de las verdades científicas; los medios editoriales, la obra de universidadés e instituciones *ad hoc,* sociedades sabias, etc., proporcionan con facilidad, a cuantos desean estudiar seriamente, los medios de investigación y los resultados de ella. Ahora sólo se es ignorante a sabiendas y por exclusiva intención, o por simulación—caso de la hipocresía de los filósofos,—o por incapacidad. Por esto nos parece cierta la afirmación de Ingenieros: "En sus expresiones más recientes, la hipocresía clásica se traduce por la concepción de *dos filosofías dentro de la filosofía;* a la una el dogmatismo social concede la libertad de investigar la verdad; pero a la otra le reserva el privilegio de negar las consecuencias ético-sociales de esa investigación. Tomad los centones de filosofía del pasado siglo—naturalistas o idealistas, positivistas o místicos—y leeréis en casi todos ellos que existen una filosofía de la Naturaleza y otra del Espíritu: dos verdades distintas y la consabida hipocresía verdádera". (1).

PROPOSICION SEGUNDA

La crisis filosófica del siglo XIX.—"La crisis filosófica del siglo XIX fué debida a que la investigación de la verdad engendró hipótesis peligrosas para ciertos dogmas morales. El positivismo llegó a plantearse como un deliberado

(1) Ingenieros: "Proposiciones", págs. 22 y 23.

renunciamiento a toda explicación de lo inexperiencial e indujo a confundir las hipótesis metafísicas con las científicas. El espiritualismo ha reaparecido como una exaltación de lo afectivo-ético contra lo lógico-crítico, y en vez de superar el ciclo del racionalismo, ha regresado a las fuentes ilegítimas que lo precedieron en las teologías medioevales".

El razonamiento con que Ingenieros afirma esta proposición, lo juzgamos cierto en gran parte. En efecto, la continua lucha entre la filosofía y los dogmas religiosos y morales, ya antiguos, hizo que la gran labor de quienes se ocupaban de esos problemas, se redujera a la discusión de primacías o al conato de armonías entre los partidos contrarios. Y como la época aún conservaba demasiada rigidez conceptual, con facilidad triunfaban, por lo menos en apariencia, las conclusiones teológicas de rancio abolengo. El siglo XIX, precisamente, no pudo distinguirse por la comprensión irónica que caracteriza al presente. De ahí que los *soit-disant* metafísicos, procuraran cultivar la *paleometafísica* (denominación admirable que ha encontrado Ingenieros para las tentativas de renuevo de las viejas discusiones filosóficas), que por su misma imprecisión ha dejado siempre amplio terreno para el ejercicio sofístico, en vez de estudiar los nuevos resultados de la experiencia científica, para renovar el planteamiento de los problemas en forma legítima, es decir, desprovista de todo carácter ilógico.

Por otra parte, contribuyó a la crisis de la metafísica la exageración de los cultores de las ciencias, que en el ardor de la polémica, confundieron las verdadera filosofía con los dog-

mas teológicos. Tenían horror a esa "metafísica que se convirtió en una disciplina muerta, en una doctrina erística de supersticiones y leyendas, imposibles de reanimar con sutiles disquisiciones literarias, siempre estériles por su valor constructivo, aunque a veces atrayentes por su argucia polémica". Y con razón, semejante retorcerse infecundo hizo creer en la muerte de la filosofía. Aún hoy, cuando se habla de Metafísica, sentimos un evidente temor de descubrir sepulcros llenos de polvo y quedar cegados para proseguir por el camino de la investigación; creemos que la metafísica actual, si de tal modo puede llamarse, no está de ninguna manera independizada de los viejos prejuicios y ese fantasma vano nos hace confiar más en los resultados científicos, convencidos de que sólo ellos nos darán los materiales para buscar la verdad.

De ahí que sorprenda un tanto, a primera vista, la esperanza de Ingenieros—tan acostumbrados estamos al fracaso de la metafísica—de una próxima renovación de la Metafísica. Los datos científicos aumentan y aumentarán tanto, que sólo un cerebro genial podrá guardar el respeto necesario ante ellos y dedicarse al inmenso trabajo de estudiarlos y al milagroso entusiasmo de considerarlos en su verdadero valor, para plantear en seguida hipótesis metafísicas legítimas. Cierto que creemos que la metafísica del porvenir tendrá los caracteres que señala Ingenieros, pero recelamos se llegue al ansiado final en el próximo siglo, porque mientras más urgentes y decisivas aparezcan las conclusiones científicas, más rabiosa será la resistencia del dogmatismo social—el gran culpable—por des-

gracia todavía muy fuerte. Los intereses creados, que señala el autor de las Proposiciones como una causa de la crisis metafísica, lo serán también de la imposibilidad de una pronta renovación de la misma. Pero ante las conquistas de los nuevos rumbos sociales, en medio de las que sobresalen las recientes instituciones políticas, se ve que los intereses personales, de carácter proteico, surgen y se imponen cuando menos se piensa y menos se espera. El dogmatismo es el dragón de siete cabezas, que tal vez los orientales quisieron simbolizar en sus cuentos de amor y aventuras. Sólo que la realidad parece más temible que la ficción y la alegoría.

En suma, recapitulando, cinco causas han determinado la crisis filosófica del siglo XIX: La persistencia de la mentalidad feudal en la sociedad moderna; la hipocresía de los filósofos; la subordinación de las hipótesis metafísicas a los principios de la ética, no renovados todavía; la singular paradoja de llamarse metafísicos los que se proponen impedir la elaboración de nuevas hipótesis metafísicas y de repudiar esa denominación los que siguen construyéndolas; la confusión entre la historia de los sistemas pasados y la construcción de nuevos sistemas". Y añadiríamos, la exagerada posición despectiva de los científicos ante toda disciplina filosófica etiquetada con el nombre de metafísica. (1).

(1) Con todo lo defectuosa y errónea que resulta la metafísica actual, los científicos, y en general los que aspiran y tienen fe de un próximo resurgimiento purificativo de ella, deben acogerla con bondad y hasta con cierta simpatía, porque en las obras actuales ya se encuentran—y lo reconoce Ingenieros—los gérmenes que más tarde serán las bases de la futura metafísica.

PROPOSICION TERCERA

Hermenéutica y Paleo-Metafísica.—"La metafísica, como elaboración creadora de hipótesis nuevas, no debe ser confundida con la historiología filosófica: *la hermenéutica es una paleo-metafísica* de las hipótesis elaboradas sobre experiencias más incompletas que las actuales. Se puede admirar el ingenio de los grandes filósofos clásicos y demostrar que sólo tienen un valor histórico para la reconstrucción genealógica de las hipótesis metafísicas. El ejemplo de su esfuerzo merece imitarse; no para glosarlos, sino para intentar, en este siglo, y sobre la experiencia de este siglo, lo que ellos intentaron sobre la del propio (1).

A la proposición que antecede, explícita en todos sus puntos, creo que ninguna persona sensata podrá oponer objeciones. Y digo sensata, porque en todo tiempo—y por lo tanto también en nuestros días—ha sido muy difundida la falacia "ideoverbal" que confunde el valor histórico de lo antiguo con su valor intrínseco, es decir, con relación a los conocimientos más recientes. Si se trata de buscar la génesis de semejante error, se encuentra en la eterna lucha entre lo viejo y lo nuevo. Mientras el hombre, en la época de su "desenvolvimiento", está más apto y más sereno para discutir cualquier problema, el viejo, en pleno período de "involución", vuelve a las creencias y errores infantiles, sustentándolas como descubrimientos y

(1) Ob. cit., pág. 136.

conclusiones de inmenso valor (1). De ahí que en todas las disciplinas mentales y especialmente en las filosóficas, se hayan confundido estos dos conceptos distintos: *metafísica* y *paleo-metafísica*. Conscientes o no de sus afirmaciones, muchos de los llamados filósofos han resucitado viejas hipótesis, en su totalidad rechazadas por la ciencia, entretejiendo a su alrededor las confusas mallas del sofisma. Por tal motivo no ha sido posible fundamentar el estudio de la metafísica sobre hipótesis legítimas. La admiración por lo antiguo, para muchos se convirtió en culto y sujeción. De esta manera los dogmas y prejuicios de la filosofía antigua, han persistido hasta originar la crisis de la filosofía, caracterizada por la aparición de escuelas sostenedoras de conclusiones exageradas, en gran parte, tal como las antiguas.

No es posible que el valor histórico de un hecho, que antes que otra cosa, sirve como advertencia para no remozar errores, tome un carácter que de ninguna manera posee. Porque si se exceptúan algunas manifestaciones artísticas y sociales cuya perfección es innegable, los

---

(1) Ingenieros, en sus "Principios de Psicología" estudia admirablemente las distintas etapas de la personalidad humana: *organización, perfeccionamiento e involución,* cada una de las cuales tiene edad de predilección donde fijarse. A sus fundamentos científicos exactos, sólo cabe añadir el concepto de la *edad mental* y de la *edad cronológica,* que han servido de amplio campo para los estudios psicológicos experimentales de Binet y Yerkes Bridges. Ampliando sus conclusiones, puede verse perfectamente, cuando de interpretar el valor de la historia se trata, la característica disociación que algunos estudiosos presentan, cuando consideran las cosas según un criterio senil, por más que se encuentren cronológicamente disfrutando de una florida juventud. Bien hacen los americanos (véase la admirable pieza dramática de E. Brieux "Les Americains chez Nous", estrenada hace poco) al calcular la edad por las capacidades y no por los años...

productos de los siglos pasados sólo sirven para la "formación natural de la experiencia". Urge combatir las senectudes criteriológicas tan predominantes en los campos históricos y filosóficos.

"Es justo que se admiren las obras de los grandes ingenios, pero ello no obliga a suponer que supieron lo que era imposible saber en su tiempo. No confundamos la admiración retrospectiva con la adhesión actual; seamos generosos de la primera y avaros de la segunda, pues admirar lo pasado no significa castrar lo venidero.

"Sonríamos de buen grado ante algunas filosofías que, como los antros de los oráculos antiguos, sólo tienen de maravilloso su obscuridad; celebremos el ingenio de los que pretendieron despejar ciertas incógnitas, pero confesemos que crearon otras mayores con el pretexto de aclarar las primeras".

De lo anterior deduce Ingenieros, con justa razón, que el estudio de la historia de la filosofía enseñará a defenderse de *falsos problemas, hipótesis ilegítimas* y *capciosos ergotismos.* Sabias palabras nos parecen las siguientes: "La historia nos permite descubrir la *genealogía de las hipótesis metafísicas,* desde sus vagas expresiones primitivas hasta las concordantes con la experiencia (1). Por eso es útil el estudio de historia de la filosofía: tanto como el de la paleontología para los naturalistas, pues el co-

(1) "La concepción que los filósofos griegos tuvieron del átomo, de la primera causa, de la fuerza vital, de la energía, se parece tanto a la actual como el carbón al diamante."—Nota de Ingenieros. "Proposiciones", pág. 37.

nocimiento de las formas extinguidas es de valor inestimable para comprender el origen de las que aún viven. Las actuales hipótesis son transformaciones de otras que han evolucionado y seguirán evolucionando, sujetas a la selección natural, en el ambiente que les forma la experiencia científica; ese estudio permite reconocer, al mismo tiempo, que ciertas hipótesis llevan camino de extinguirse, como esos paquidermos y reptiles que suelen llamarse "fósiles sobrevivientes".

Gustando de éstas que para muchos serán atrevidas conclusiones, recuerdo la anécdota que Anatole France refiere en uno de sus libros. Cierto emperador de un país lejano, quiso gobernar su reino con el más alto criterio de justicia. Para llegar a ese fin, creyó que nada le sería de tanta utilidad como la lectura de la historia humana, y al efecto encargó escribirla a un conjunto de sabios. Transcurridos treinta años, condujeron ante el monarca muchísimos camellos cargados de centenares de volúmenes, todos referentes a la historia de la humanidad. Pero el rey, aterrorizado por el sinnúmero de volúmenes, les pidió que compendiaran. Pasados diez años, trajeron sólo dos camellos cargados de volúmenes. Tampoco esta vez el rey se sintió con fuerzas suficientes para emprender su lectura y les pidió una historia más compendiada aún. Cinco años más transcurrieron hasta la conclusión de la obra, que entonces constó de cincuenta volúmenes. El rey, ya viejo, no pudo atreverse a leerla, y mandó se la resumieran más todavía. A los dos años, un sabio de su reino cumplió con la orden, sintetizando la tan deseada historia en un

volumen. Pero al llegar al palacio con el objeto de entregarlo, supo que el monarca se encontraba agonizante. Conducido a su presencia, el rey le dijo:

—Como ves, estoy al borde del sepulcro y es imposible que yo lea tu libro. Ojalá sintetices tu historia en pocas palabras, porque no quisiera morir sin conocer la historia de la humanidad.

—Serás satisfecho, señor—dijo el sabio.—La vida de los hombres, según todos los documentos que se han podido encontrar, se reduce a esto: nacieron, sufrieron y murieron...

Y en seguida, el rey, admirable gobernante, expiró.

No creo que Ingenieros llegue en sus libros al sutil desprecio de la historia como el moderno epicureista francés, porque no lanza consideraciones sobre el valor de la historia general. Al contrario, en su crítica sobre el valor de la historia de la filosofía, llega a una conclusión contraria: la gran utilidad de su estudio. Lo que sí distingo es un tono de aquella misma sutil ironía, que no es otra cosa que la completa comprensión.

PROPOSICION CUARTA

Perennidad de lo inexperiencial.—"Siendo los objetos experienciales infinitamente variables en el tiempo y en el espacio, la perfectibilidad de la experiencia humana nunca llega a excluir la *perennidad de lo inexperiencial.* La infinita posibilidad de problemas que excedan la experiencia, implica la perennidad de expli-

caciones hipotéticas inexperienciales que constituyan una metafísica, incesantemente variable y perfectible".

Ingenieros, antes de llegar a esta conclusión, formula todas las interrogantes relativas al porvenir de la metafísica. "¿Morirá el único género filosófico que no puede convertirse en ciencia?" "¿Es de temer que el adelanto de las ciencias suprima la metafísica, o que ésta vuelva a ser *sierva* de la teología, o que pase a serlo de la ética, o que se restrinja a los problemas lógicos, o que sea absorbida por la psicología, o que, en fin, se fosilice en los arquetipos clásicos, amortajándose en la historia de la filosofía?" Y en todas estas razones encuentra, con razón, un carácter ilegítimo, porque no es posible negar a la metafísica, como a ninguna otra disciplina mental, posibilidades evolutivas. Cree en su perfectibilidad y en su perennidad, porque por más que las ciencias adelanten, junto con la precisión de los métodos, siempre quedará mucho desconocido. Ese desconocido será el imán espiritual que atraerá la curiosidad de los investigadores, y será relativamente accesible mediante la metafísica. Será, eso sí, necesario que los problemas se planteen de manera legítima, es decir, de conformidad con los datos de la experiencia, valiéndose, por lo mismo, de nuevos métodos. Tan claro es el razonamiento, que no podemos discutir su evidente posibilidad de realización. Sólo que Ingenieros cree que la importancia de la metafísica futura será muy grande. Y eso es lo dudoso. Por más que el renacimiento del pensamiento contemporáneo tienda a orientarse hacia la metafísica, se la nota como una aspiración aún vaga e indefi-

nida, que carece de firmeza suficiente, de esa firmeza que da la fe. No en vano la ciencia ha sentado los grandes postulados que producen, en quienes los conocen, una vibración intensa, tanto que, en cierta manera, les imposibilita para la ecuánime aspiración metafísica.

De ahí que crea yo que en futuras épocas, cuando las conclusiones científicas hayan avanzado en progresión rápida, el respeto y la acogida que le brinden sus contemporáneos le quitarán a la metafísica mucho de esa solemnidad que le asignan sus cultores. Si de antemano se reconoce su imposibilidad para constituirse en ciencia, es muy natural que se desconfíe de sus resultados hipotéticos, pues por gran perfección que alcance, siempre se encontrará involucrada en su estudio una probable esterilidad de fines. De ahí que sus admiradores, no sin cierta pena, aseguren: "no cabe afirmar que la metafísica, tácita o confesada, sea ciencia, por más que sea necesaria. La ciencia dispone del mundo sensible y de las inducciones hipotéticas legitimadas por la experiencia. La ciencia no nos acompaña sino hasta las últimas e insolubles antinomías, cuya síntesis no nos puede dar. Es en el dominio de la metafísica donde se realizan las tentativas siempre renovadas para hallar la *coincidentia oppositorum*. Se impone una separación pulcra". (1).

Se teme, pues, la incursión de la una en el campo de la otra, lo cual afirma que aún hoy estamos presenciando la crisis metafísica. Y si aún hoy los filósofos se apoyan en los datos

(1) Alejandro Korn: "Las corrientes de la filosofía contemporánea", en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1917.

científicos para sus especulaciones, más tarde, cuando se reconozca, como cree Ingenieros, su carácter imprescindible, acaso la metafísica no tenga el majestuoso carácter tradicional y sea un refugio muy poco buscado. No es que creamos en su posible desaparición, ni mucho menos; pero tememos adquiera el carácter de inaccesible, por la preparación que demandará. Queda, pues, entre paréntesis, este interrogante. La futura metafísica, ¿será muy cultivada? Y en caso de serlo, ¿se la estudiará con la confianza necesaria, capaz de acelerar su perfeccionamiento?

Resumiendo nuestra manera de pensar: creemos, que, a pesar de la certeza contenida en las conclusiones de Ingenieros, el cultivo de la metafísica parece dudoso en el porvenir. Persistirá, eso sí, la aspiración ideal, nacida del progreso de la ciencia, de un conocimiento más profundo y más completo de las cosas, es decir, la *"perennidad de un residuo inexperiencial fuera de lo experiencial"*. Lo inexperiencial es relativo a la posibilidad humana de conocimiento: "siendo los objetos de experiencia infinitamente variables en el tiempo y en el espacio, la perfectibilidad de la experiencia humana nunca llega a excluir la perennidad de un residuo inexperiencial".

Del anterior razonamiento fácilmente se concluye que la metafísica, cualquiera que sea el entusiasmo con que se la cultive, tiene seguridades más que suficientes para persistir. Bien hace, pues, Ingenieros, al explicarla así: "la infinita posibilidad de problemas que excedan a la experiencia humana implica la perennidad

de explicaciones hipotéticas que constituyan una metafísica."

Ya afirmada su perennidad, y una vez que debe estar sujeta a la condicionalidad humana, no será invariable, sino que se perfeccionará paralelamente al progreso científico. Y por este último carácter, Ingenieros afirma que la futura metafísica, antes que nada, tendrá que considerar sólo los problemas legítimos, es decir, condicionados por la experiencia, y rechazar los ilegítimos, sin otro nexo con ella que no sea su antigua popularidad. Por eso, la "renovación filosófica será posible a condición de no buscar un pacto entre las creencias vulgares en que no se cree y las verdades experienciales que no se puede negar". ¿Cuánto tiempo transcurrirá para llegar a semejante resultado? La experiencia relativa a la vitalidad de los dogmatismos hace temer que la época esperada se encuentra más lejos de lo que Ingenieros piensa.

PROPOSICION QUINTA

Los problemas de la metafísica.—"Los clásicos *problemas de la Metafísica* resultan en la actualidad inexactamente formulados; parece indudable que cada uno de ellos contiene otros problemas susceptibles de ser planteados en términos legítimos. La variación de los resultados de la experiencia modificará incesantemente la legitimidad de los problemas inexperienciales y de las hipótesis formuladas para explicarlos".

Con motivo de haberse subordinado la Metafísica, en la Edad Media, a los dictados de la Teología y luego en el Renacimiento haber fra-

ternizado en cierto modo con las creencias y dogmatismos vulgares, se ha desvirtuado la finalidad de la Metafísica durante mucho tiempo. "Antes de que la bautizaran, la Metafísica existía como disciplina independiente de las creencias vulgares; era un esfuerzo encaminado a substituir las absurdas explicaciones sobrenaturales por legítimas hipótesis racionales". En la actualidad, se hace, por lo mismo, difícil fijar sus límites, porque las vaguedades de discusión y lo impreciso y nada sistemático de sus conocimientos, son verdaderas arenas movedizas, sobre las cuales apenas se puede caminar.

* * *

Sin embargo, esta misma indecisión parece que ha obligado a los amantes de la especulación filosófica a no limitarse a los tres grandes problemas de la metafísica clásica: Dios, la inmortalidad del alma y la libertad, porque éstos, a pesar de tener probabilidades para existir, no están perfectamente planteados, y sobre todo, porque ellos derivan de concepciones *apriorísticas,* sin ninguna autoridad, por lo tanto, en el orden científico; *son,* según la frase de Ingenieros, *los problemas residuales de la escolástica medioeval.*

Y como, tácitamente, parte de los filósofos, y ampliamente otros, lo reconocen, *el problema de Dios* tiende a relegarse a la creencia religiosa. De ahí que se quiere—p. e. Boutroux —una absoluta separación entre la Ciencia y la Religión. Es natural que a la Teología se re-

serve el encarar ese problema que carece de prolegómenos científicos.

Igual tendencia se observa respecto a la *inmortalidad del alma,* pues no en vano los progresos de la ciencia biológica y, por lo tanto, de la psicología, estudiando la arquitectónica mental del individuo, se han desembarazado de toda clase de dogmas religiosos. No pudiendo ya ser una hipótesis metafísica legitimable, queda como creencia mística. "Los que llaman Funciones a las Funciones y Organismos a los Organismos, ya no saben a que aplicar la palabra Alma. Una copiosa escuela psicológica ha inventado la noción del paralelismo psico-físico, invención equívoca que permite a algunos hablar del paralelismo entre los Organismos y las Funciones dejando que ótros lo entiendan como paralelismo entre el cuerpo y el alma o la Materia y el Espíritu. Es indudable que esta hipocresía de los psicológicos ha sido útil en cierto momento como forma de transición entre la psicología animista del pasado y la psicología biológica del porvenir.

"El problema del origen de la vida tiende, en la actualidad, a explicarse mediante hipótesis de físico-química, consideradas como las menos ilegítimas. El problema de la morfogenia se considera puramente experiencial y no se discute ya la variabilidad de las especies, sino las condiciones actuales de su variabilidad. El problema clásico de la conciencia o de la distinción entre el *yo* y el *no-yo,* se plantea como el de la formación de la personalidad consciente individual, por la acción combinada de la herencia y la educación. Ese problema contiene el de la formación natural del conocimiento y

todos los que se refieren a las condiciones de la experiencia". (1).

Asimismo, por carecer de fundamentos legítimos, el problema del *libre albedrío,* ligado a la aceptación de las *causas primeras,* desaparece también con rapidez del campo de la metafísica. Y como es cierto que quienes aún discuten los tres problemas citados, no lo hacen sin un evidente pudor, en día no lejano acabarán los verdaderos filósofos por reconocer la esterilidad de semejantes problemas, desde el punto de vista de la metafísica legítima.

Esto no quiere decir que no se los pueda recordar sin provecho. Muy al contrario. Ingenieros hace bien con interrogar: ¿Cuál era el contenido de los problemas clásicos? La respuesta será el índice que indique la curva progresiva que han seguido desde sus orígenes, determinada por el imperativo científico.

Hay que señalar, para ello, los problemas "legítimos" que estaban contenidos en cada uno de los "ilegítimos".

En el de Dios: problemas que exceden de las ciencias físico-matemáticas.

En el de la inmortalidad del Alma: problemas que exceden de las ciencias biológicas y psicológicas.

---

(1) Se puede decir que la evolución de la psicología, desde que tomó carácter científico y experiencial, consta de dos períodos. El primero: didáctico y esencialmente analítico, por lo cual nació el paralelismo psico-físico, interpretado con mucha insuficiencia; y el segundo: biológico, que considera la función y el órgano en conjunto, habiendo destruído el paralelismo antiguo ya, y sus equívocos, y tomado, en cambio, un carácter de incesante ampliación (es decir perfeccionamiento en todo sentido) y de ninguna manera el de progresión rectilínea, que caracteriza al primer período.

En el de la libertad: problemas que exceden de las ciencias físico-naturales y de la psicología.

*
* *

Todos son problemas que no se pueden demostrar por la experiencia. Para su clara distinción, Ingenieros propone denominar: problemas cosmológicos, biológicos y psicológicos, a los científicos, y metacósmicos, metabiósicos y metapsíquicos a los que excedan de la experiencia, y corresponden, por lo tanto, a la Metafísica.

Los *metacósmicos*: abarcan la totalidad de lo real y exceden a las ciencias físicomatemáticas. Son más amplios que en la antigüedad porque se refieren a la substancia, cuantitativa y cualitativamente, y a la naturaleza en todos sus aspectos experienciales.

Los *metabiósicos*: "carecen de universalidad" porque se relacionan con lo que se conoce de los fenómenos vitales y son: origen de la vida sobre nuestro planeta, posibilidad de ella en otros puntos del universo, constitución específica de la materialidad viva, finalidad de la vida.

Los *metapsíquicos* se refieren a lo "inexperiencial en ciertos seres en quienes conocemos los fenómenos llamados psicológicos". Exceden, pues, a la psicología y comprenden por lo tanto: problemas metalógicos, metamorales y metaestéticos.

*
* *

Para que todos estos problemas sean plan-

teados *legítimamente*, es necesario conocer bien los resultados de la experiencia, no para que "la experiencia dictamine sobre la verdad de lo que se refiere a lo inexperiencial; pero ella permite establecer la ilegitimidad de ciertos problemas". "La variación de los resultados de la experiencia modifica la legitimidad de los problemas inexperienciales y la legitimidad de las hipótesis que pretendan explicarlos". Para esta manera de encarar los fundamentos de la nueva metafísica, Ingenieros toma como ejemplo el problema del conocimiento. Es sabido que Berkeley y su escuela creen que el mundo fenomenal, que cae bajo la experiencia, es mera apariencia y que el mundo noumenal es el sólo verdadero, porque considera las cosas en sí, accesibles a las ideas puras. Semejante afirmación no toma en cuenta un resultado experiencial: antes de existir el hombre en la superficie de la tierra, el mundo fenomenal pudo ser conocido, como apariencia, por animales que lo habitaran. Admitida la posibilidad de este dato experiencial, el problema clásico debería variar y extenderse al conocimiento de todos los animales. Entonces serían legítimas estas preguntas: ¿lo fenomenal, antes de que el hombre existiese y lo pensara, era ya mera apariencia? ¿El sol y las rocas arcaicas fueron apariencia para otros seres, antes de serlo para el hombre? Y, en la inevitable afirmativa, ¿se debería extender al "espíritu" de todos los animales la facultad de crear la única realidad mirada hasta hoy como un privilegio del "espíritu" del hombre?... Por este razonamiento Ingenieros demuestra que "la forma del problema clásico (del conocimiento) es ilegítima

en cuanto limita a la experiencia y a la razón del hombre ciertos atributos que en diverso grado son comunes a todos los animales capaces de percepción y razonamiento".

Si de igual manera se aplican los nuevos datos de la experiencia a los problemas de la metafísica clásica, sin reformar su planteamiento, es decir, sin deespojarlos de sus envoltorios ilegítimos, todos presentarán un aspecto lamentable, y por lo tanto incompatible con la dignidad filosófica. De donde se deduce la rigurosa necesidad de plantear los razonamientos metafísicos de conformidad con el adelanto científico, para que tomen carácter legítimo. De otro modo, se corre riesgo de quedarse en el terreno de la *paleo-metafísica.*

De ahí que nos parezca perfecta la solución de Ingenieros relativa al citado problema: "¿La representación de lo que impresiona actualmente nuestros sentidos, corresponde a la realidad? ¿En qué medida? ¿Que se opone a una progresiva correspondencia entre nuestras percepciones y la realidad?" Tales son las preguntas legítimas de la metafísica, exenta de esas abstracciones que, antes que facilitar el camino, lo interceptan a cada paso.

PROPOSICION SEXTA

Metodología de la Metafísica.—"Donde no lleguen las hipótesis experienciales de las ciencias, empezarán las hipótesis que la metafísica prolonga en lo inexperiencial. Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la posible demostración de la experiencia; las hipótesis metafísicas, aspiran a una legitimidad lógi-

ca, y se presumen indemostrables por la experiencia. La legitimidad de las hipótesis inexperienciales llegará a determinarse mediante normas que constituirán la *Metodología de la Metafísica,* como una verdadera lógica del saber hipotético inexperiencial".

No sería extraño que este término, *Metodología de la Metafísica,* sorprendiera a muchos. ¿Cómo, se dirán, es posible considerar las pautas que presupone un método, en asuntos inexperienciales. Los que tal duda alimenten, acaso por ligereza no toman en cuenta el valor lógico de los métodos y los conciben inalterables y fijos, aunque en realidad son movibles y cambiantes. Y por lo mismo que la legítima metafísica debe apoyarse en los resultados científicos, para tomar vuelo hacia lo inexperiencial, hace falta conocer las vías falsas y verdaderas para dicha finalidad, y evitar así posibles y lamentables errores. Recordando lo dicho más arriba acerca de la variabilidad de las hipótesis metafísicas, carácter concorde con el movimiento científico progresivo, se puede concebir que los métodos metafísicos deben guardar perfecta armonía con esa *variabilidad de las hipótesis inexperienciales.* Por otra parte, vistos los continuos fracasos de la metafísica dogmática, los filósofos del porvenir recelarán construir sus edificios ideológicos sobre bases endebles; por lo cual, para evitar gastos inútiles de energía y de tiempo, buscarán fundamentos sólidos, y que ofrezcan, por lo mismo, garantías evidentes.

Esta tendencia a recurrir al auxilio de las ciencias para la construcción de hipótesis inexperienciales, se nota en casi todos los filóso-

fos actuales. Cierto que gran número de ellos tergiversan y adulteran la interpretación científica gracias a una oculta y malévola intención, unas veces, y a un reverberante entusiasmo, otras. Pero el hecho es que se reconoce ampliamente la imposibilidad de especular en filosofía sin el auxilio de esos mismos resultados de la investigación, tan combatida por muchos. "Conviene señalar, dice Ingenieros, que los adversarios de los métodos científicos los *usan* cuando pueden, aunque *dicen* lo contrario cuando polemizan; repiten, asimismo, todos los conocimientos experienciales que no pueden negar, aunque pervirtiéndolos con algunas adiciones de hipótesis ilegítimas que aún defienden. En esto de aprovechar al adversario, obran como esos locos que se suponen perseguidos por los médicos del asilo, pero de vez en cuando les piden cigarrillos". Por lo tanto, pues, la fórmula de la Metafísica del porvenir, según Ingenieros, ha invertido el significado de la antigua: en vez de estudiar los "primeros principios de todas las cosas", procurará sistematizar las últimas aproximaciones hipotéticas a la explicación de los problemas inexperienciales; es decir, que en vez de partir de principios apriorísticos revelados, eminentemente dogmáticos, tomará impulso y seguirá una trayectoria determinada, en gran parte, por la ciencia, por no decir en su totalidad.

*
* *

Al estudiar el proceso histórico de la metafísica, se nota que por mucho tiempo ha usado

métodos legítimos o ilegítimos, por lo cual se hace indispensable conocer el valor de cada uno.

Son *métodos ilegítimos,* según Ingenieros:

Los *místicos*: quieren resolver los problemas inexperienciales mediante revelaciones, adivinaciones o intuiciones, como recientemente se las llama; son todos, ajenos a la experiencia. "Las diversas corrientes intuicionistas, neoidealistas y neoespiritualistas muestran una confianza muy limitada en el valor de tales métodos; aunque se inclinan a afirmarlos teóricamente, prefieren en la práctica los racionales y con frecuencia usan los experienciales".

Los *dialécticos*: se fundan en la sutileza y complicaciones del razonamiento. A estos pertenece el "humanismo", ahora en plena crisis. (1). El objeto de todos estos no es propiamente la investigación de la verdad, sino la arquitectónica del lenguaje, lo cual equivale a una carrera de obstáculos, interesante sólo por sus peripecias.

Conociendo, pues, la esencia de los métodos anteriores, no es difícil comprender su ilegitimidad, por lo mismo que sólo sirven para perpetuar la *paleo-metafísica.*

Son *métodos legítimos,* según Ingenieros:

La duda metódica acerca de los resultados de la experiencia (observación y experimentación); la construcción de hipótesis para explicar los resultados de los anteriores y "condicionar su contraprueba"; crítica lógica de ellas para resolver sobre su legitimidad, según los resultados de la experiencia.

---

(1) Véase el hondo estudio de Ramiro de Maeztu: "La Crisis del Humanismo."

*
* *

Ahora bien, la diferencia entre las hipótesis metafísicas y las científicas, residiría en el carácter inexperiencial que tienen las primeras. "Las hipótesis científicas subordinan su legitimidad a la demostración experiencial" y "las metafísicas sólo aspiran a ser lógicamente legítimas; sin que se considere posible su demostración experiencial".

Este carácter, esencial y distintivo de cada grupo, debe tenerse muy presente, para no incurrir en el común error de criticar las unas porque no tienen ni consiguen las finalidades de las otras. Gran parte, en mi concepto, de las discusiones de cuantos han hablado y escrito como filósofos o pretendientes a ese título, han girado alrededor de una tergiversación de ambos términos. Se ha lanzado, por ejemplo, contra la ciencia, la acusación de no resolver el origen de la vida y otros problemas semejantes, de lo cual creen poder deducir su inutilidad. Quieren que determine antes las interrogantes metafísicas o teológicas, que son extrañas a su finalidad. Igual observación se puede aplicar a otras disciplinas. Y esta pretendida acusación, que otrora se explotó para proclamar la bancarrota de la ciencia, no es sino el fruto de una confusión de términos y un olvido de límites. Pretender que la ciencia resuelva los problemas metafísicos equivale a preguntar a un médico sobre el procedimiento mejor para la construcción de puentes...

"Las ciencias formulan hipótesis experien-

ciales; la metafísica formula hipótesis inexperienciales". Por eso, *la diferencia entre la lógica científica y la lógica metafísica* no consiste en sus métodos sino en su finalidad; la primera se propone ser un arte de probar, objeto que la segunda no puede proponerse, limitándose a ser un arte de legitimar". Como una consecuencia de lo anterior, Ingenieros llama *lógicas* a las hipótesis científicas y *metalógicas* a las metafísicas; cree que los problemas experienciales son accesibles mediante *hipótesis* científicas y los inexperienciales mediante *hiperhipótesis* metafísicas.

Relacionando estos términos, y teniendo en cuenta que la premisa de la metafísica es la ciencia, o mejor, que sin conocer los datos de la experiencia, no se puede construir una metafísica legítima, Ingenieros define así la del porvenir: *"la metafísica del porvenir será un sistema de hiperhipótesis que partan de lo lógico experiencial para explicar lo metalógico inexperiencial"*.

Una vez que se aceptara esta manera de concebir la metafísica, es claro que las condiciones para que una hipótesis metafísica sea legítima serían las siguientes:

—Una suma de conocimientos analíticos.

—La concordancia con los resultados considerados como menos inseguros en el dominio experiencial excedido por esa hipótesis.

—"Es provisoria, por cuanto la variación de sus premisas experienciales puede determinar el desplazamiento del problema y sus explicaciones ilegítimas".

—"Su no contradicción con otras igualmen

e legítimas en otros dominios inexperiencia-
es".

Ingenieros concluye, con mucha razón, que
l razonamiento metafísico condicionado por
remisas experienciales relativas e imperfectas,
iene que ser también relativo e imperfecto. No
s posible aplicar a él criterios fundados en las
natemáticas, pues la lógica matemática sólo re-
uelve problemas que se presumen experien-
iales. Con todo, cree que acaso en el porve-
ir se pueda introducir en la lógica de lo inex-
eriencial algunas normas similares a las que
e aplican en el cálculo de probabilidades.

Aun en este caso, por pequeño que parezca
l ideal de matematización metafísica, creemos
osotros que ello será siempre una ilusión, y
al vez, lo que es peor, una falacia. La ondu-
ación de las hipótesis metafísicas nada tendrá
le regular, como nunca lo ha tenido, porque la
onfusión de los términos y de los límites, de lo
ual no se podría prescindir en la metafísica
nás perfecta, interceptará, seguramente, esas
ndas, que tienden a la regularidad, y les dará,
n cambio, un aspecto inesperado e incompati-
ble ni aún con el cálculo de probabilidades.
Acaso no sea así; pero la historia de las hipó-
tesis metafísicas y las condiciones de la razón
humana lo hacen temer.

PROPOSICION SEPTIMA

La Metafísica del Porvenir.—"La metafísica
tiene por objeto formular hipótesis legítimas
sobre los problemas inexperenciales; las hipó-
tesis convergentes a una explicación armónica
de lo experimental, constituyen un sistema me-

tafísico. *La Metafísica del Porvenir* estará en formación continua y presentará algunos caracteres necesarios: la universalidad, la perfectibilidad, el antidogmatismo y la impersonalidad. Será una superación de todas las formas de la experiencia, pues todas lindan con problemas inexperienciales".

Este es un capítulo de evidente interés. Ingenieros asegura a la metafísica del porvenir los caracteres citados a continuación, pero no dice si en la antigua y en la presente se observan ya, aunque sea en embrión, algunos de ellos, como creemos.

1.° Como la metafísica supera todas las formas de la experiencia, cada día multiplicadas, es claro que le tocará elaborar las hipótesis inexperienciales sobre un campo muy vasto. Por eso, su primer carácter será la *universalidad*. Ingenieros cree que dicha universalidad irá creciendo por el aumento del campo experiencial; nosotros creemos que tendrá que ver en ello también la reducción sorprendente a que están sometidos y lo seguirán así, los antiguos problemas, considerados antes como ilimitados. Muchos van camino de desaparecer. Fácil, es, por eso, suponer que gran parte del espacio antes ocupado por ellos, contribuirá a aumentar ese carácter de "universalidad".

2.° "Otro carácter será la perfectibilidad ilimitada de las hipótesis metafísicas y la sustitución de los sistemas cerrados, por un sistema abierto, en formación contínua". Este razonamiento se afirma, como es natural, en la desaparición de las viejas *verdades fijas, definitivas y perfectas,* propias de una época dogmática. Por lo mismo que no es posible desligar

las hipótesis metafísicas de las científicas, en constante movimiento, la *perfectibilidad* de las primeras es el inmediato resultado de esa ligadura. De aquí que en el porvenir deberán concebirse como *"aproximaciones* perfectibles". Sólo que este carácter que Ingenieros asigna a la metafísica del porvenir, lo encontramos en la presente y aún en lo pasado, porque obedece a procesos psicológicos constantes. La crisis de la metafísica en el siglo XIX es ya una prueba de la *perfectibilidad* de una disciplina filosófica, que, aunque en teoría no se la ha aceptado, ha sido una realidad, y realidad palpitante. ¿Acaso no podemos concebir ya los gérmenes de esta perfectibilidad en la metafísica pasada, la que no se la puede considerar aislada, sino como término evolutivo que se relaciona con la futura? No se ha constatado hasta hoy, con crisis y todo, una verdadera solución de continuidad en la metafísica; sus altos y bajos sólo son accidentes. Y el hecho de que los pseudometafísicos de la actualidad, encubiertos bajo sus alardes de enemistad, utilicen los mismos datos de la ciencia, afirma que es real la mentada *perfectibilidad* metafísica.

3.º "Un carácter lógicamente derivado del anterior será el antidogmatismo (1) en el sentido histórico de la palabra *dogma*: verdad reputada

---

(1) "La oposición de "escepticismo y dogmatismo" en cuanto al problema especial del valor del conocimiento, es otra cuestión; ambas posiciones me parecen lógicamente justificables. Es de avertir que si se hablara un lenguaje preciso llegaría a convenirse en que todos los filósofos de todas las escuelas deberían ser "escépticos en metafísica, por la naturaleza misma de las hipótesis inexperenciales."—Nota de Ingenieros.—"Proposiciones", pág. 96.

absoluta e infalible que excluye toda posibilidad de rectificación".

La inmediata manifestación de este antidogmatismo será la tolerancia de los filósofos, que dejarán de considerarse como los vehículos de las revelaciones y, en cambio, aprenderán a disciplinar, en cierto sentido, su imaginación creadora, consultando los datos experienciales. Habrá un divorcio completo entre el desinterés filosófico y la mediocridad ambiente, que anhela imponer creencias vulgares, restos de la testamentaría de épocas pasadas; "es creíble que en el porvenir disminuya el número de hipótesis ilegítimas impuestas por principio de autoridad y con ello decrecerá la posibilidad de incurrir en nuevos dogmatismos".

4.º Por cuanto, perdido el dogmatismo, ganarán en modestia las hipótesis inexperienciales, los filósofos que se ocupen de ellas darán preferencia a los resultados lógicos y justos sobre cualquier interés personal. Se perderá también entonces la individualidad antigua y será un carácter indispensable de la metafísica del porvenir la *impersonalidad*. Lo individual será la crítica y la variación de una o más hipótesis, aunque los hombres de mayor ingenio y saber, sean lo que de tiempo en tiempo den un empujón más vigoroso al conjunto.

Como bien dice Ingenieros, los metafísicos no usurparán entonces el dominio propio de los poetas. Y, creemos nosotros, será necesaria la vocación, más que en cualquiera otra disciplina mental. Renunciando a sobrepujar con la propia personalidad, los filósofos del porvenir, ante la solidez de una posible verdad, inmolarán seguramente las vanidades de originalidad,

que tantos y tan estériles conflictos provocan.

PROPOSICION OCTAVA

El lenguaje filosófico.—"Para plantear con exactitud los problemas metafísicos, es indispensable una *renovación total del lenguaje filosófico.* La exactitud de todo proceso lógico está condicionada por la exactitud de los términos; con términos imperfectos no podrá elaborarse una lógica perfecta; de las relaciones perfectas entre términos imperfectos, no pueden inferirse conclusiones perfectas".

No es una novedad ni un misterio para nadie que alguna vez se haya ocupado de cuestiones filosóficas, lo defectuoso del léxico usado. Acaso una de las grandes dificultades para el estudioso reside en él y acaso también, a su polimorfismo infinito se debe, en gran parte, que el estudio de Filosofía tenga ese prestigio de obscuridad, tan temible para muchos. De ahí que no sorprendan las palabras severas y ásperas de Ingenieros cuando impugna el galimatías filosófico. Es cierto que sobre todo en la época actual, ha llegado a extremarse sobremanera la exageración lexicográfica; quien guste de un estudio serio necesita primero estudiar la *probable* significación de los términos. Y digo probable, porque cada autor los interpreta a su modo, hasta hacer incomprensibles o por lo menos difíciles las diferencias y analogías existentes entre varios autores. Las dificultades se acentúan más cuando se encuentra que un solo filósofo da diez y veinte interpretaciones a un término, lo cual no es raro.

Hace falta, pues, una renovación del léxico-filosófico. ¿Cómo puede llevarse a cabo semejante trabajo? Ante problema tan complejo, toda predicción resultaría aventurada. Las fuerzas tradicionales y los intereses particulares surgen inmediatamente que se propone un remedio. La posibilidad más aceptable, para Ingenieros, es la siguiente: una escuela, capaz de realizar una renovación total de la filosofía, que consiga imponer a sus sucesores un nuevo vocabulario filosófico, en que cada término sólo tenga una acepción precisa y en que se excluyan todas las acepciones figuradas.

Con todo de ser ingeniosa, la solución no nos parece muy viable, porque quien dice escuela dice apasionamiento, y por ese camino, jamás se ha llegado a la concordancia. Las escuelas, por mesuradas que sean, llevan oculta la intención dogmática, la misma que en el momento de la discusión ofusca ideas y razonamientos, y no sólo no consigue la esperada armonía, sino que ahonda aún más las diferencias anteriores.

La solución que propone Ingenieros nos parecería realizable si la llamada *escuela* no combatiera por una interpretación sustantiva, de esas cuyo anhelo es la originalidad, y, en cambio, tuviera como único y exclusivo fin la depuración y renovación del léxico filosófico. Es claro que tal labor no sería realizada por una escuela doctrinaria cuya sola denominación entraña un rumbo fijo, sino más bien por un *grupo* o una *sociedad* comisionada para ello.

"La exactitud de todo proceso lógico está condicionada por la exactitud de los términos. La imperfección del lenguaje científico, y la mayor del lenguaje filosófico, depende de que

sus términos tienen su origen en las experiencias necesariamente imprecisas de nuestros sentidos imperfectos; con términos imperfectos no ha sido posible construir una lógica perfecta".

PROPOSICION NOVENA

La Arquitectónica.—"Desprendidas de la filosofía diversas ciencias experienciales, se continuará en el porvenir la ya iniciada *trasmutación de la Arquitectónica,* hasta constituirse en un género único, la metafísica, destinada a elaborar hipótesis inexperienciales acerca de lo que excede a la experiencia de todas las ciencias. Un sistema armónico que intente explicar lo inexperiencial en función de lo experiencial, mediante hipótesis incesantemente renovables fundadas sobre leyes perfectibles, no engendrará dos géneros de verdades discordantes y realizará la unidad sintética que es la aspiración de toda metafísica legítima".

Ya en las páginas anteriores sintetizamos y comentamos las ideas de Ingenieros respecto a la moderna manera de considerar muchas disciplinas antaño filosóficas y hoy netamente científicas. La idea del funcionalismo biológico da cada una de ellas—psicología, lógica, moral, estética—les presta bases insustituibles y de firmeza a toda prueba. La valentía de Ingenieros al afirmar su independencia de la Metafísica, es digna de tomarse muy en cuenta. Las tendencias neo-metafísicas, informadas en gran parte por la ilusión de resucitar antiguas concepciones, tienen un carácter muy sugestivo; acusando a las ciencias de incapacidad para satisfacer todas las curiosidades del espíritu, han

querido volver a los métodos introspectivos, y en cierta forma revelados. Ha existido, y existe, la esperanza de prescindir de los resultados científicos en bien de una feliz armonía mística. Para sostenerla se han renovado los más sugestivos y hábiles sofismas; se han ideado razonamientos al parecer inatacables. Sólo que ésta es una guerra de sombras contra muros palpitantes y fuertes. La ciencia no ha tomado, ni puede tomar, en serio esos delirios, por alarmantes que parezcan.

Significa, eso sí, una valentía, que los hombres de ciencia, en sus momentos de descanso o de recogimiento íntimo, no hayan prestado atención a tan singulares lamentaciones. El sentido analítico que arruina los cerebros fuertes, ha disecado las fingidas emociones de las nuevas plañideras, buenas para triunfar en épocas de emotividad primitiva. El estudio metódico es sordo a los clamores de los desesperados, que, por no haberse sujetado al ejercicio de alguna disciplina con bases reales, giran en el vacío, presa de la desesperación. Mal hacen con imprecar y acusar a la ciencia, si nunca la cultivaron en serio y con vocación, o si, habiéndola conocido muy superficialmente, quisieron encontrar en ella soluciones hechas para todo ensueño legítimo o no. De ahí que encontremos altamente loable la posición de un hombre como Ingenieros, que durante toda su vida ha investigado la verdad, con método y paciencia, logrando, por fin, dar consistencia y armoniosidad a sus opiniones.

Algunos las tachan de exageradas. Tal vez tengan razón. Para nosotros, con exageración y todo, tienen un valor notable porque revelan

la honda fe, tan indispensable cuando de investigaciones científicas o filosóficas se trata. Quien recorra sus obras no dejará de sorprenderse al encontrar una relación progresivamente en acceso. Ideas que en las primeras aparecen apenas esbozadas, tímida o veladamente tal vez, toman poco a poco carácter y saltan luego con relieve notable. Se nota preocupación y persistente cultivo de las que en un principio surgieron como dudas y hoy las admiramos como convicciones. Es la afirmación metódica, o mejor, científica, de la personalidad del maestro argentino.

Y en lo relativo a la arquitectónica de la metafísica, sus opiniones poseen positivo valor; pues, en medio de la clamorosa amenaza de un resurgimiento de la vieja metafísica y con ello de sus preocupaciones, Ingenieros, con toda audacia, quiere fijar los límites de la metafísica posible. Acaso sus conclusiones no puedan realizarse en totalidad, lo que es muy presumible, dada la ligereza y apresuramiento del humano pensar. Pero, por lo menos, el suyo será un admirable conato de seguridad científica. Por el momento, es necesario reconocer en él una personalidad sin vacilaciones, tal como corresponde a quien cultiva la investigación de la verdad Muy diferente es el aspecto de otros, cuyos entusiasmos primerizos se tornan al cabo de poco tiempo, en tormentosos fantasmas o, por lo menos, en cargas imposible de sobrellevar. Esa debilidad de espíritu, tan perjudicial y tan dañina para algunos cultores de la ciencia, que acaban por renegar de sus opiniones, es lo que no se halla en el vigoroso argentino.

Por eso, nos parece perfecta la proposición

con que concluye su obra relativa al porvenir de la Filosofía.

PROPOSICION DECIMA

Los Ideales humanos.—"Los ideales humanos son hipótesis inexperienciales condicionadas por la experiencia y varían en función del medio experiencial. Su valor para el hombre depende de su legitimidad. Son más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será realidad experiencial en el porvenir".

Si se acepta el imperativo del medio sobre la formación de la personalidad, fuerza es aceptar también que los ideales humanos están condicionados y toman su origen en la experiencia. Las ciencias, por lo tanto, no tienen, en último término, otra razón de ser que el perfeccionamiento de esa personalidad en bien de la mejor adaptación a la vida. "Las ciencias psicológicas son normativas o pragmáticas, es decir, útiles para la vida. Mediante la experiencia lógica los hombres aspiran a establecer preceptos que nos permitan investigar menos inseguramente la verdad; mediante la experiencia moral, preceptos que faciliten la práctica del bien; mediante la experiencia estética, preceptos que facilitan la comprensión de la belleza". Por lo tanto, el carácter distintivo de todas ellas será el de una indefinida renovación, siempre concorde, eso sí, con los datos de la experiencia.

El Ideal no es otra cosa que una hipótesis que excede del campo de las ciencias psicológicas; y, por lo tanto, está dentro de la metafísica: es un *hipotético arquetipo de perfección, abs-*

traído de la experiencia. Son las síntesis posibles de perfección; pero de una perfección lógica de concebir; porque las otras, las ficciones imaginativas que no han sido elaboradas por la experiencia, y que no representan una perfección posible de lo real, no son ideales, sino quiméricas ilusiones. Por eso Ingenieros da un doble origen a los ideales:

Eliminación de las imperfecciones particulares, y síntesis de las perfecciones generales.

Como consecuencia de lo anterior, a estas *hipótesis metafísicas* se las puede considerar como *creencias legítimas,* cuando no contradicen la experiencia, e *ilegítimas,* en el caso contrario.

Sus condiciones de *legitimidad,* pues, son las mismas que se aplican o se deben aplicar a las demás hipótesis metafísicas.

Ahora bien, "los ideales—como todas las creencias,—no son universales. Cada individuo, grupo, clase, nación, raza, tiene una experiencia distinta y sobre ella elabora hipótesis de perfección necesariamente diversas".

"Los ideales más legítimos sobreviven en la selección natural y son reconocidos como tales por lon hombres que tienen una experiencia homogénea y elaboran sobre ella sus creencias comunes".

"De ahí nace el aspecto étnico, nacional, etc., que pueden revestir en ciertos momentos los ideales políticos, sociológicos y éticos: las creencias se inclinan en favor de ciertas hipótesis que se consideran más adaptadas al porvenir del grupo, es decir, más conformes con la experiencia futura, en cuanto ella puede inferirse de la presente".

"Es a esto que—por extensión—suele lla-

marse filosofía nacional: se trata solamente de los ideales colectivos, en su aspecto ético-político".

Y con todo de nacer con carácter particular, por su movilidad incesante, igual que las ondas de agua, llegan en un momento los ideales a tomar el carácter de universales. Con ello no hacen otra cosa que desenvolver sus capacidades evolutivas, que son su esencia. De ahí que los ideales humanos, completamente universales, estén por encima de los demás.

"Habría evidente inexactitud en creer que pueden concebirse filosofías nacionales propiamente dichas, pues los problemas y las hipótesis metafísicas son necesariamente universales. Todo induce a pensar que, en la humanidad civilizada, *los ideales tienden a una progresiva universalidad*".

"Por eso, más altos que los ideales políticos de grupo o nación, están los ideales éticos comunes a los hombres más cultos de todas las naciones; éstos forman ya una sociedad sin fronteras, presagiadora, acaso, de la fraternidad que, como un ideal lejano, podemos concebir para la humanidad entera, cuando en ésta, por la selección de lo heterogéneo regresivo y la educación de lo homogéneo progresivo, llegue a constituirse un residuo de homogéneo nivel mental".

Sólo que, para llegar a ese fin, hay que diferenciar y luego eliminar del campo de los Ideales, las "quiméricas ilusiones" señaladas por Ingenieros, y estudiar la manera segura de impedir que los primeros no sean las larvas de las segundas.

*
* *

Para terminar, citaré las palabras con que Ingenieros concluye su alocución académica:

"Es común que los hombres dejemos de creer en la vejez lo que más firmemente hemos pensado en la juventud; al disgregarse nuestra personalidad, que es una variación individual, van reapareciendo entre los escombros esos fantasmas ancestrales que representan la herencia de la especie y la rutina de la sociedad. No teniendo certidumbre alguna de contarme entre las excepciones, siempre raras, permitidme, Señores Académicos, que me anticipe a la hora temida y exprese mi fe optimista en la incesante perfectibilidad humana. Como hombre, creo que la humanidad futura será mejor que la actual, por la extensión de la Justicia entre los pueblos; como argentino creo que la nacionalidad futura será más grande, por el incremento de la Solidaridad entre sus clases; como profesor, creo que las universidades tendrán un más libre empeño en la investigación de la Verdad; como padre, creo que nuestros hijos vivirán en un medio social más propicio al florecimiento de la Virtud."

Las últimas palabras, delicadamente optimistas, bien pueden aprovecharlas cuantos se sientan animados de un espíritu juvenil. A ellos las dedica el filósofo argentino y mal haría con omitirlas.

"Y a los jóvenes que son la esperanza de la humanidad, de los pueblos, de la cultura, de los hogares, creo deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril:

"Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad que *todo tiempo pasado fué mejor.* Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis: más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis que otros, después, siempre, mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su pueblo, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que *todo tiempo futuro será mejor.*"

Su influencia en nuestra América

Obra tan varia y sugestiva como la de Ingenieros no podía menos que ejercer gran influencia sobre las inteligencias jóvenes de hispano-américa.

Si para las letras europeas se ha brindado por lo regular un terreno sin resistencias, la obra americana, acaso por haberse originado en el propio suelo, más probabilidades ha tenido de pasar en silencio que de imponerse. Por lo general se ha hecho costumbre—contra la cual se ha reaccionado mucho en algunas naciones, de las cuales el mejor ejemplo es la Argentina—de confundir el concepto de lo propio con el de lo inútil. Aún reconociendo el talento, no se ha querido igualar en calidad y cantidad al extranjero. La desconfianza en lo nacional, el prestigio de lo desconocido y la debilidad propia de nuestras nacionalidades, se han sumado para ahogar o, por lo menos, para desconocer muchas inteligencias admirables, bajo el peso de falsos prestigios.

La propensión al sentimentalismo fantasmagórico, el pecado imperdonable de la elocuencia española, las innatas tendencias conservadoras de una raza envenenada con teología, han convencido a muchas generaciones, que no se debe admirar al talento nuevo, y sobre todo, al talento propio, sino con aires de desconfianza, procu-

rando colocarle en un nivel inferior, para impedir así el destronamiento de la mediocridad.

Ha sido necesario que en esta última época, sobre todo gracias a las tendencias internacionales del pensamiento, se aprenda a comparar, a discutir con argumentos reales, para que en algunos lugares de nuestra América, se admire, y mejor aún, se comprenda a las inteligencias nacionales. Por otra parte, la energía de algunas de éstas para imponerse en medios extranjeros, de suyo desconfiados y parcos en el elogio, ha hecho el milagro de volverlos al medio propio, asegurados ya de un prestigio firme. Entonces toda posible desconfianza de sus capacidades se ha alejado.

Tal ha sido la trayectoria de cuantos ejercen su influencia sobre el pensamiento americano; tal ha sido la trayectoria de Ingenieros.

Sus libros, particularmente aplaudidos en el viejo mundo, han llegado a nuestro conocimiento, ya casi célebres. Y, encontrándonos ante ellos, no podíamos desconfiar del criterio de los críticos que reconocieron todos los méritos, sino que íbamos a constatar, a conocer lo que en medios de elevada cultura había llamado la atención.

Pero la lectura, más que asegurar el prestigio de su autor, ofrecía ideas, programas, reformas, para enderezar el defectuoso recorrido que habíamos efectuado. La seguridad en el método científico, la firme creencia de que no es posible improvisar conocimientos ni erigirse en dómine de lo que no se sabe, el sistemático empeño por independizarse de los dogmas que han dirigido el pensamiento por el camino de la momificación, la aversión para las caprichosas

y hasta necias interpretaciones de nuestra historia, la disciplina, la fe en el esfuerzo propio, la uniformidad de las aspiraciones nacionales y continentales, etc., tales han sido las finalidades buscadas por Ingenieros, y tales son las atrayentes virtudes que priman en todos sus trabajos.

También es uno de sus aspectos más interesantes la honda simpatía que él ha manifestado por todos los movimientos de renovación ideológica y social, mostrándose abierto a todas las aspiraciones de la juventud, a todos los anhelos de justicia; asemejándose, en esto, por muchos conceptos, a hombres de la estirpe de Anatole France, que han sabido conservar en la edad madura un corazón joven y que sabe vibrar por todos los ideales. Buena prueba de eso ha dado Ingenieros en una serie de breves artículos dedicados a templar la moral de la juventud y en su reciente libro "Los tiempos nuevos", en que analiza con optimismo los problemas sociales consecutivos a la guerra, como si ellos estuvieran planteados para hombres de otra humanidad. Eso también ha contribuído a que su palabra sea escuchada con interés, aunque no siempre sus opiniones hayan sido compartidas.

*
* *

Sería incompleta una impresión total sobre el pensamiento ideológico de Ingenieros si no resumiera, a modo de coronamiento, su teoría o concepción verdaderamente personal de *un idealismo fundado en la experiencia;* la ha expuesto

en la introducción de "El Hombre Mediocre" y la ha desarrollado en varios escritos posteriores, en que trata de demostrar que el verdadero idealismo debe ser una fuerza moral inspirada en el deseo de mejorar lo real y no una simple doctrina metafísica abstracta. Sostiene que "los ideales éticos son hipótesis de perfección" y hace notar que cada sociedad humana vive en continuo devenir para perfeccionar su adaptación a un medio que incesantemente varía; las etapas venideras de ese proceso funcional son concebidas por la imaginación de los hombres en forma de ideales. Un hombre, un grupo o un pueblo son idealistas cuando conciben esos perfeccionamientos y ponen su energía al servicio de su realización.

Considera que siendo expresiones de hipotéticos estados de equilibrio entre el pasado conocible y el porvenr imaginable, "los ideales se postulan como anticipadas representaciones de procesos que se gestan continuamente en la inestable realidad social; cuando no expresan una forma del posible devenir, son fantasmas vanos, fútiles quimeras".

De ello deduce Ingenieros que el valor de los ideales, como hipótesis de perfectibilidad, es muy diverso; pero es la ulterior experiencia, y sólo ella, quien decide sobre su legitimidad en cada tiempo y lugar. "Un ideal, como fuerza viva, es la antítesis de un dogma muerto; tanto difieren, el uno del otro, como un ruiseñor que canta en la rama difiere de su cadáver embalsamado en la vitrina de un museo". Por eso repite que "en el curso de la vida social se seleccionan naturalmente; sobreviven los más adaptados, es decir, los coincidentes con el perfec-

cionamiento efectivo. Mientras la experiencia no da su fallo, todo ideal es respetable, aunque parezca absurdo. Y es útil, por su fuerza de contraste; si es falso muere solo, no daña. Todo ideal puede contener una parte de error o serlo totalmente: es una visión remota y por lo tanto expuesta a ser inexacta. Los único malo es carecer de ideales y esclavizarse a las contingencias de la vida práctica inmediata, renunciando a la posibilidad de la perfección". Formulando sus hipótesis en función de la experiencia social, toda ética idealista aspira a expresar un anhelo de perfeccionamiento efectivo; nada se le parece menos que los idealismos absolutos o trascendentales de los viejos metafísicos, cuyas hipótesis eran construcciones dialécticas desprovistas de correlación funcional con el devenir de la moralidad.

Considera que *toda moral idealista contiene una previsión del porvenir* y que su carácter esencial es llevar implícitos los conceptos de perfección continua y de incesante devenir; por eso sólo merecen el nombre de idealistas los hombrs que anhelan algún futuro mejor contra un actual imperfecto.

Las creencias retrospectivas no son ideales sino supersticiones, signos de vejez mental en los individuos y en los pueblos. El conformismo y el tradicionalismo son negativos para el porvenir, pues implican adhesión a fórmulas que acaso sirvieron en algún momento del pasado y que aun conservan cierta fuerza de inercia. Los más peligrosos enemigos de los "ideales nuevos" son, en cada época, los que pretenden monopolizar el idealismo en favor de "ideales viejos". Es indudable que en el pasado existieron valores individuales dignos de admiración,

en todos los órdenes del saber, de la belleza, de la virtud; pero no es lícito inferir de ello que es venerable todo lo pasado por el hecho de serlo, ni se puede justificar sus muchas lacras por sus pocas excelencias.

Es indudable, por lo tanto, que *el perfeccionamiento moral requiere una incesante renovación de ideales.* Si en cada momento del tiempo se modifica la realidad social, no es concebible que los ideales de ayer tengan función hoy, ni que los de hoy la conserven mañana; y mientras coexistan en el espacio sociedades heterogéneas, cada ideal sólo será legítimo donde sean efectivas las condiciones que lo engendran.

No existe, según Ingenieros, un abstracto ideal con caracteres absolutos, mero concepto trascendente y eterno; los ideales son múltiples y concretos, funcionales y perfectibles, variantes como las condiciones mismas de la vida humana. Es inevitable que los individuos y las sociedades formulen bajo aspectos distintos sus hipótesis de perfección, relativamente a sus experiencias particulares. Por eso hay tantos idealismos como ideales, y tantos ideales como idealistas, y tantos idealistas como hombres aptos para concebir perfecciones; la aspiración moral de lo mejor no es privilegio exclusivo de ningún dogmatismo metafísico.

La conciencia social formula en cada época ideales propios que interpretan las nuevas posibilidades de su experiencia sin cesar renovada. Lo que ayer fué ideal puede ser hoy interés creado, enemigo de ideales más legítimos; y el ideal de hoy podrá convertirse mañana en rutina obstruyente de nuevos ideales. "Si nada es y todo deviene, como enseñaba Heráclito, el tiempo, integrando la experiencia, modifica el valor

funcional de los ideales. Por omitir ese elemento de juico resultan tradicionalistas en la vejez muchos hombres que fueron innovadores en la juventud; siguen pensando como si la realidad social no hubiese variado y no comprenden que el devenir de la experiencia ha exigido la renovación de los ideales. En todo tiempo han merecido el nombre de maestros los que supieron encender en los jóvenes el amor a la verdad y el deseo de investigarla por los caminos de la ciencia; pero fueron maestros entre los maestros los que trataron de ennoblecer ese amor y ese deseo sugiriendo ideales adecuados a su medio y a su tiempo, para que la imaginación superase siempre a la realidad, remontándose hacia las cumbres inalcanzables de la perfección infinita."

*
* *

Cultura, método, ciencia, aspiración social; he aquí la directriz ideal para la inteligencia. Y en cada una de las obras del maestro argentino se ha seguido esa directriz; de ahí la eficacia práctica de sus doctrinas. Publicaciones de toda categoría, desde la de carácter eminentemente técnico, hasta las de modestas aspiraciones, han comentado sus ideas cuando no han reproducido fragmentos de sus diversos trabajos. El pensamiento de Ingenieros, y, con él, el pensamiento argentino, ha llegado a infiltrarse en todos los cerebros que guardan energías de juventud, como para asegurarles un porvenir glorioso, en el que se aprovechen todas las aptitudes de la inteligencia americana.

El criterio renovador y liberal, y quien dice

liberal dice crítico, desenvuelto ampliamente en todos sus libros, ha llegado hasta la prensa, infundiéndole en no pocas ocasiones un vigor nuevo; sus doctrinas y puntos de vista son expuestos y comentados en varias cátedras de medicina, jurisprudencia, filosofía, historia.

Así le conocimos muchos. Primero, la novedad del concepto, la forma valiente y a veces rebelde con que se expresaba, luego la sistematización crítica, la realidad del constante perfeccionamiento, la aptitud para estudiar profundamente problemas de distinto carácter, el cariño a la tierra, han hecho de Ingenieros uno de los maestros—y la idea de maestro va unida indefectiblemente a la enseñanza—de la actual juventud americana, pese a los egoísmos de muchos y a la ignorancia de no pocos.

La sistematización de sus doctrinas, formuladas después de un largo peregrinaje por los campos de la ciencia, ha sorprendido a muchos. De éstos, la mayoría ha acabado por aceptarlos; la minoría, aunque sin fuerzas para combatirlas, se resigna a desconocerlos. Es la repetición de una actitud mental, cuando se ha hecho pública una opinión filosófica o una hipótesis científica.

Sobre todo en nuestros medios intelectuales, donde si bien la cultura literaria alcanza, a veces, una amplitud inusitada, acaso comparable y hasta superior a la de varios centros europeos, en cambio, la cultura científica la cultivan muy pocos. De ahí que obras de gran alcance, como en el presente caso la de Ingenieros, a pesar de la abundancia de elogios con que se la ha recibido, no pueda ser apreciada por todos en profundidad.

Su comprensión demanda conocimientos prolijos de historia de la filosofía y profusas miras sobre las ciencias; y ésto, no sólo para comprenderla, sino muy principalmente, para aprovecharla.

La influencia de Ingenieros, hasta ahora, se ha localizado a la crítica histórica, a la criminología, a la psicología, a la literatura, pero aún no con una intensidad paralela a los alcances de sus obras, sobre todo en lo que a filosofía se refiere. Es bien evidente: para que sus doctrinas sean plenamente aprovechadas será necesario, sobre todo en algunas naciones de nuestro continente, esperar mayor perfeccionamiento en el estudio de los diversos problemas abordados por Ingenieros, o, más claramente, en el estudio crítico de las ciencias que se relacionan con los estudios del filósofo argentino.

Hoy se le conoce, se le admira, se le combate; una pequeña pero fuerte minoría acoge y propaga sus doctrinas; podemos esperar que dentro de poco tiempo se le estudie con más fervor y calma, pues muchos de sus puntos de vista serán utilísimos en la evolución de la cultura americana; y a medida de las necesidades, se releerán sus libros con la seguridad de sacar opiniones aplicables a la realidad.

La influencia de las ideas científicas es lenta pero segura. Aun cuando ellas no puedan ser aceptadas en totalidad, sirven, por lo menos, para provocar discusiones pródigas en verdades; así, la teoría que no encuentra aplicación, origina indirectamente otra más perfecta. Por eso, la influencia de la obra de Ingenieros, que en la actualidad alcanza buenas proporciones, aumentará con el andar del tiempo. No en va-

no tiene sus reservas favorables para nuevos perfeccionamientos, que es dado esperar de quien apenas se encuentra

nel mezzo del camin di nostra vita.

No es extraño, pues, que por estas consideraciones, le llamemos Maestro.

INDICE

Pág.

—TALLERES GRAFICOS—
SCHENONE HNOS. Y LINARI
PASCÓ 735, BUENOS AIRES

